

La decadencia evitable, vista por Julián Marías

El filósofo inauguró un ciclo de conferencias organizado por Fundes

El pasado día 15 de noviembre se inauguró, en el Salón de Actos de la Cámara Oficial de Comercio, Industria y Navegación de Madrid, el ciclo de conferencias que, organizado por Fundes-Club de los 90 y dirigido por Julián Marías, va a tratar durante todo el curso y a lo largo de 16 sesiones de poner luz sobre el tema de si Occidente y su civilización están en decadencia, si ésta es evitable y de qué modo es posible evitarla o salir de ella en su caso.

El lleno que experimentó el Salón de Actos fue interpretado, en una muestra de humildad y buen humor, como un signo más de decadencia por Marías quién, en todo caso, emplazó a los asistentes al seguimiento del curso; la cuidada selección de los ponentes por él realizada augura buenos frutos y un análisis multidisciplinar y profundo del tema que da título al ciclo de conferencias. En la opinión del profesor, detrás o debajo de casi todos los acontecimientos de carácter positivo que se producen en la historia humana, hay un acierto intelectual, y al revés, detrás de los desastres, de las calamidades, hay un error de tipo inte-

lectual también. Esto se descubre fácilmente a posteriori, pero también es posible, mediante un análisis exhaustivo de la realidad y teniendo primera-

mente claro en qué consisten las decadencias, prever su iniciación o, en el caso de que ésta se esté produciendo ya, combatirla con los medios adecuados. El mayor peligro al que asiste nuestra sociedad es la ignorancia o falsificación de la historia. Estamos asistiendo, de acuerdo con el conferenciante, a un proceso de olvido del pasado reciente, que, explica, no es pasado sino que pertenece al presente ya que éste tiene cierto "espesor", no constituye un mero instante puesto que, desde el punto de vista vital, abarca el pasado reciente y el futuro hacia el cual nos proyectamos. El olvido del pasado produce una situación que calificó de arcaísmo, consistente en el

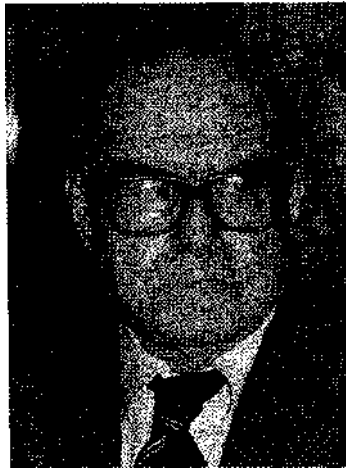
desarraigo que hace basar la actuación presente en concepciones de la realidad superadas, olvidando lo que se ha hecho y creado en el pasado inmediato.

Esplendor intelectual

Señaló el académico la tristeza que supone para él haber nacido en una época de esplendor intelectual, con lo que eso suponía de confianza, de ilusión, de descubrimiento de novedades, de métodos nuevos de conocimiento..., y ahora comprobar que evidentemente la situación ha cambiado aunque sin "*razón suficiente*".

La decadencia significa un descenso de la vida en un doble sentido: un descenso de la vitalidad y un descenso de la personalidad. Añadió que los períodos de decadencia coinciden con un descenso de la natalidad. Los pretextos para este descenso de la natalidad pueden ser diferentes; éste es un hecho fundamental que se manifestó, por ejemplo, en la decadencia que sufrió el Imperio Romano y que se está produciendo en la Europa de nuestros días en que se mantienen tasas de natalidad tan bajas que ni siquiera, de acuerdo con los estudios estadísticos, permiten la conservación de los niveles de población actuales.

Otra manifestación de la decadencia es, según Marías, la "invasión de las cosas", apenas se piensa sino en cosas y mínimamente en aquello que no son cosas. Se pierde igualmente la conciencia de lo que es la persona y, en muchas ocasiones, se



Julián Marías.

la cosifica. Así sucede cuando de la persona se espera trabajo, servicio, utilidad... y no felicidad. La felicidad la dan las personas en cuanto se las trata como tales y no como cosas.

Desvalorar la vida

La decadencia coincide también con épocas en que se desvalora la vida, se deja de tener respeto por la vida. Esto sucedió también recientemente, en el espacio que va del año 31 al 45-46, en que se perdió el respeto por la vida de forma aterradora. Recordó Julián Marías que parodiando un título de Savigny, se refirió, en la introducción de su libro "Introducción a la Filosofía", escrita el año 1945, a "la vocación de nuestro tiempo para la pena de muerte y el asesinato". Este fenómeno es generacional y hubo una recuperación de la estima por la vida en años posteriores; en cambio hoy, ha vuelto a perderse el respeto por la misma en todas sus formas. Lo curioso es que como lo que no se estima ni se ofrece, ni se da, hay hoy muy pocas personas

que estén dispuestas a dar su vida por alguien o por algo. Cuando no se la estima en lo que vale, hay poca gente dispuesta a ofrecerla y cae la sociedad en un estado de cobardía colectiva, generalizada, que da pie a fenómenos tan repugnantes como el terrorismo. Es el terrorismo algo muy difícil de combatir. A Marías se le ocurre que la única manera eficaz de acabar con él sería acabar con el terror; si el hombre de nuestro tiempo decidiera aceptar el riesgo que el terrorismo supone, que es mínimo, si perdiera su efecto de intimidación, se habría acabado el terrorismo.

Las decadencias no tienen su causa en algo extraño a la sociedad a la que afectan, sino que, según fórmula utilizada por Marías — "*se entra desde dentro*"—, por abandono, desilusión, por aburrimiento... que puede ser causado por exceso de recursos y facilidades. La fabulosa creación de riqueza que ha producido la civilización occidental, realizada además en unos pocos decenios, sobre todo a partir del final de la Segunda Guerra Mundial, ha acabado con una pobreza generalizada que afectaba a la gran mayoría de la población y que era condición de vida; teniendo como resultado que los recursos superan los proyectos, y la situación de espera, de esfuerzo que solía preceder al logro de los objetivos ha desaparecido en gran medida. Esta situación le parece especialmente grave al conferenciante porque engendra tedio. El que se consigan las cosas antes de desearlas hace que estas pierdan valor y se

pierda "el placer que suponía la larga expectativa desiderativa que ha tenido la humanidad siempre, en casi toda la historia, salvo minorías exiguas, excepcionales". Esta situación hace que descienda el temple de la vida, la tensión vital, la ilusión.

Descenso de la vitalidad

Lo peor de la situación es que se reducen las defensas. El descenso del temple y el tono de la vida hace más difícil la lucha contra la decadencia pues opera en la sociedad y sus individuos como la droga, que rebaja la personalidad, la capacidad de reacción personal, la misma condición personal y dificulta la salida del estado decadente. La decadencia, cuando se inicia, se nutre de sí misma, se engendra a sí misma. Produce el efecto contrario que otro tipo de desastres o calamidades, incluso las guerras, que derivan en un estado de exacerbación de la energía.

La decadencia conlleva un descenso de la vitalidad y la vida no sólo física sino también espiritual. Es preocupante el hecho de que no haya relevos a las grandes figuras del pensamiento o la creación científica, artística o humanística. Habiendo crecido la población, dijo el académico, parece lógico que por cada diez personas de relieve, realmente creadoras y descollantes en su área de conocimiento, la nueva generación aportase doce o catorce de su mismo nivel; pero esto no es así ahora. No se está produciendo el relevo como sería lógico o como podríamos

esperar. Esto —dijo— no puede deberse a un descenso de la inteligencia en el sentido psico-técnico, que se mantiene en niveles medios semejantes a lo largo de la historia, pero sí a la inteligencia en el sentido de aprehensión de la realidad, por-que"no se entiende con el cerebro. El cerebro es un instrumento fisiológico con el cual pensamos; se entiende con la vida. Es la vida la que entiende y, naturalmente, si la vida es angosta, si la vida se estrecha, si su horizonte es limitado, apenas se entiende, la razón se reduce, casi se anula, (...), no es que se entiendan menos cosas, es que se entiende menos; la razón es la aprehensión de la realidad en su conexión, entendemos más profundamente algo cuanto más de nuestra vida interviene en ello. Si es muy poca cosa, la aprehensión se hace como con dos dedos, si en cambio la vida se dilata, si es rica en experiencias y proyectos, entonces echamos mano a la realidad, con las dos manos, nos aferramos fuertemente a ella; no es que entendamos más

cosas, esto es secundario, es que entendemos más de cada cosa, es que entendemos más profundamente la realidad, en eso consiste la razón".

Debilitamiento de las creencias

Con la decadencia se produce un fenómeno de debilitamiento de las creencias que en la vida humana son muchísimo más importantes que las ideas —cosa que vio muy claramente Ortega—, "las ideas las tenemos y son discutibles, son problemáticas, son inseguras, en las creencias estamos; tenemos ideas, en cambio, las creencias nos tienen, nos sostienen". Pues bien, como ocurrió durante el siglo XVIII, hay épocas en que se trata de que las ideas funcionen como creencias privando a las primeras de lo que tienen de propio, esto es, su inseguridad, su problematicidad, su necesidad de justificarse, y a su vez las creencias se debilitan, "parecen estar prendidas por alfileres".

También es característica de nuestra época, y en general de las de decadencia, que los gustos y valores no son firmes, el ir y venir de las modas, de novedades que reciben la estimación de forma poco espontánea; el entusiasmo con que se reciben, por el mismo frenesí con que fue adoptado, se pierde y deja de interesar sin dejar huella. Cuando este ir y venir, cuando la inconsistencia afecta a las creencias, se produce un deterioro social y personal difícilmente superable.

También se producen fanatismos, pero con el agravante, dada la carga ya de por sí negativa o antipática que tienen por naturaleza los mismos, de que no son estos auténticos, son inducidos, pegadizos, postizos, carentes de raíces en la personalidad particular de quien los "sufre".

Otra muestra de decadencia que descubre el profesor es la convicción que tiene mucha gente de que nada es importante, y por tanto nada importa, con lo que la realidad o sectores de ella que afectan a la persona en virtud de esta creencia pierden peso y llegan a ser menos de lo que eran o de lo que realmente son. Quien nace en esta situación, quien no conoce otra, puede tener dificultades para salir de ella.

Ha habido muchas decadencias a lo largo de la historia; con duración variable, algunas han durado siglos. La que afectó a occidente tras la caída del Imperio Romano duró por lo menos cuatro siglos. Durante este período las figuras eminentes, realmente creadoras fueron muy pocas y cualitativamente incomparables con quienes les precedieron o vinieron después. La causa no es otra que el descenso de la humanidad como tal, el estrechamiento de la vida. Pudo, en este caso, en parte, deberse a la fragmentación del Imperio Romano, donde a pesar de la precariedad de las comunicaciones existió la conciencia de pertenecer a algo grande, a una civilización desarrollada. Pero cuando esto se pierde se produce una atomiza-

ción, "cada uno queda reducido a un círculo estrecho, la vida se angosta; no hay estímulos, no hay libros, no hay términos de comparación..."

La razón, en baja

Esta situación se parece a la que se está viviendo en algunos lugares de occidente y sólo puede producir un descenso de la inteligencia, no psicofísica — insistió—, sino de la inteligencia humana en cuanto aprehensión de la realidad, lo cual, como explicó anteriormente, produce un descenso de la razón.

Este fenómeno no es grave cuando afecta a una porción de una sociedad, a una pequeña parte del mundo, porque uno puede apoyarse en el resto para combatir la decadencia y salir de ella. El problema deviene mucho más complejo cuando se generaliza, cuando afec-

ta a un mundo, a una civilización.

Son signos inequívocos de cierta decadencia, el descenso del nivel de exigencia existente en la educación, en nuestra Universidad y nuestras escuelas, donde se empieza por no enseñar a hablar y escribir correctamente; condenando a los destinatarios de la educación a la permanencia en un estado de desnivel con respecto a quienes por nacimiento o ambiente familiar tienen mejores oportunidades lo cual no sólo es triste sino, a todas luces, injusto.

Los ejemplos del descenso de exigencia y conocimiento se multiplicaron a lo largo de la parte final de la conferencia. No quería el profesor hacer un relato apocalíptico de nuestra civilización (señaló además el verdadero sentido etimológico de la palabra apocalipsis, que quiere decir revelación, no desastre), sino de poner de manifiesto una realidad. Quiso finalmente Marías ofrecer una posible salida a un modo de evitar la sumisión a la decadencia. Propuso el ejercicio de cierta torsión, "no sólo mental, una torsión vital... mirar de otra manera, no aceptar la decadencia". Dijo que la decadencia se produce porque hay cierta complicidad con ella, porque se la acepta. La manera de combatirla es desde una actitud estrictamente personal, contra el ambiente circundante, sin esperar que nuestra actitud se generalice y nos sirva de estímulo, tratar de hacer las cosas bien, aunque resulte difícil, aunque no se valore por quienes nos rodean. Hay que manifestarse, desde la personalidad,

con espontaneidad y libertad, hay que afirmar y negar cuando sea necesario "lo que se cree, lo que se piensa, lo que se estima". Con ello "regulamos nuestra realidad, ponemos a prueba lo que hemos dicho, lo criticamos. Además, nos oyen algunos, que tal vez adopten la misma postura, entonces es posible que se pueda empezar a producir desde dentro, como algo que

germina dentro de las almas, una actitud de no aceptación de la decadencia, de exigencia, de reivindicación de la razón", de vida para la verdad desde la verdad. No le preocupan, dijo, las dificultades que amenazan al mundo, pues estas dificultades pueden ser el estímulo que nos permita combatir y evitar la decadencia. A.A.M.

Las ciudades y la belleza

La segunda conferencia corrió a cargo del prestigioso arquitecto Fernando Chueca, miembro de la Real Academia de Bellas Artes y de la Historia así como del Colegio Libre de Eméritos, que habló de las ciudades y de la belleza perdida dentro de este ciclo de FUNDES. La razón de elegir este tema y no otro se encontraba en que una posible decadencia de las ciudades debe ser evitable.

Para el ponente, la cuestión principal a tratar no era la de esclarecer si la ciudad está o no está en decadencia (sobre lo que confesó sus dudas), pues es posible que esté cada vez más fuerte, más poderosa, con más habitantes, más llena de vida, más llena de actividades, etc.; sino que más bien la cuestión

radicaba en si está en decadencia en cuanto a belleza.

Según expresó: "Las ciudades fueron muy bellas y hoy no lo son. Hoy son otra cosa quizá

más impórtate: órganos de vida social más fuerte, más activa, más generosa, cualquier cosa, pero no más bellas".

omentó la profunda evolución que han seguido las ciudades en los últimos años, puesto que antes las ciudades estaban casi quietas, inamovibles, se quedaban

C siglos en el mismo estado que tenían con variaciones muy escasas. Las ciudades antiguas cuando crecían, que crecían muy poco, lo hacían evidentemente con una gran coherencia, con pocos cambios, con un desarrollo a través del tiempo muy pausado. Desde finales de la Edad Media y desde el Renacimiento hasta bien entrado el siglo **XIX**, las ciudades cambian poco, incluso aumentan poco, es decir, su demografía está situada en términos de desarrollo escaso. Basta pensar, según el ponente, en la ciudad del Renacimiento. Pues bien, este tipo de ciudad que nos parece en principio ciudad esplendorosa y nueva, no es más que una ciudad gótica con pequeñas variantes. Siguen permaneciendo las murallas defensivas, continúa permaneciendo la trama urbana casi como estaba en centurias anteriores; casi todo permanece. Se abren evidentemente algunas plazas, algunos enclaves interesantes, se edifican monumentos notables pero eso no altera realmente la contextura general de la ciudad en cuanto tal. Pues todas ellas fueron operaciones relativamente de muy poco alcance que no atentaron contra una belleza natural preexistente. Ahora bien, la situación no per-

maneció mucho tiempo así puesto que, a mediados del siglo XIX, la presión social, el desarrollo industrial, el crecimiento demográfico, el trasvase de los hombres del campo a la ciudad y tantas cosas más empezaron a alterar con profundidad la fisonomía de la ciudad. Fue entonces cuando desaparecieron aquellas razones estéticas que se venían manteniendo singularmente sin que nadie tuviera que defenderlas. La ciudad era bella porque así era, porque así se iba manteniendo como tal. No era necesario defender la ciudad con ordenanzas de tipo conservador o estético; la ciudad se defendía por sí misma. De ahí la importancia de la defensa, que provocó que las ciudades mayormente y singularmente fueran amuralladas. El ponente subrayó que hoy son escasas las ciudades que, como nuestro Ávila y Brujas entre otras, mantienen el cerco de murallas.

En opinión de Fernando Chueca, la ciudad del Renacimiento se plegó a una serie de consideraciones puntuales frente a la ciudad barroca, la ciudad del poder, principesca, de los grandes estados autocráticos y de las grandes monarquías que evidentemente alcanza un nivel sugerente y distinto. En ella prevalece la belleza porque el príncipe debe rodearse de este áurea de esplendor que forma parte de su propia conciencia de regente de la ciudad o de la nación.

Ciudad neoclásica

Tras ella la ciudad neoclásica



Fernando Chueca Goitia

resulta también enormemente interesante pues es la única que mantiene los fueros de esta belleza que venía por sí misma sin necesidad de esfuerzo. El conferenciante reconoció la existencia, en la actualidad, de ciudades de tipo neoclásico, como en el fondo lo es París, y como lo es todavía en mucha mayor medida San Petersburgo. Esta última es, para Chueca, un extraño milagro de ciudad occidental en el mundo bizantino y orientalista pues, a pesar

de no ser una ciudad con monumentos neoclásicos, es por sí misma una ciudad neoclásica, curiosamente paladiana. "La propia Madame Stáel cuando vio por primera vez San Petersburgo pronunció aquella célebre frase: "San Petersburgo ¿qué haces aquí?" Era la extrañeza de una inteligente mujer de occidente, escritora, pensadora y política de la Francia del siglo XVIII que se sentía extrañadísima de que aquella ciudad fuera una de las más bellas y una de las más occidentales de nuestro mundo".

El ponente no dudó en reconocer que la revolución industrial es la que ha cercenado la bella, noble, dulce, acompañada y aristocrática historia de las ciudades, ya que representa el aumento de las grandes urbes, la concentración fabril, que unas veces se hace a través de los ríos para obtener fuerza hidráulica y, otras veces, con mayor independencia, tras descubrirse la máquina de vapor, por otro tipo de ingenios humanos. Destacó también cómo el auge de las comunicaciones, sobre todo ferroviarias, tan importantes para el desarrollo de la vida moderna, modificó el aspecto de las ciudades de raíz. "Los barrios periféricos se autodes-truyen, los lugares que antes eran amenos, tránsitos de la ciudad al campo, desaparecen. . El Madrid de Goya que, con su pradera de San Isidro, con su pobrecito Manzanares, pero que pequeño y todo amenizaba el paisaje sin duda alguna, casi desaparece. Están las grandes estaciones ferroviarias y todavía más destructivos los

aparcamientos de ferrocarril, las estaciones de tipo tecnocrático".

Rechazo de la antigua ciudad

Este rechazo de lo que era la antigua ciudad, en virtud de las necesidades más perentorias y más urgentes de la nueva, transforma todo; y el hombre en ese aspecto, ante esa coyuntura, ante esa emergencia, se lanza a la utopía. De esta manera, se entró en un momento en el que los urbanistas se consideran los dueños de la solución, al creer que van a renovar completamente la nueva ciudad, que la van a articular de acuerdo con las necesidades bajo este nuevo prisma, y que gracias a sus utopías se van a convertir en los reconstructores de un mundo perdido.

Las utopías nacen, en principio, de sociólogos y filántropos. Fernando Chueca destacó la labor de Ebenezer Howard, filántropo inglés que se dedicó a preparar esas ciudades jardín que parecía que lo iban a resolver todo, y de Arturo Soria en Madrid, que también a su manera creó una utopía, la utopía de la Ciudad Lineal. Ahora bien, para el conferenciante, de estas utopías la que brilló acaso con mayor fulgor fue la de Le Corbusier. "Era un propagandista verdaderamente genial, de una tendencia imaginativa y con un sentido de la propaganda muy grande. Su idea se transformó en algo que no llegó a la globalización y totalización de las ciudades. Su utopía se mantuvo en

fracciones de ciudad, no en la ciudad entera".

Fernando Chueca trató de hacer una llamada de atención sobre la vulnerabilidad a la que en los últimos años ha estado expuesta la belleza de la ciudad por las razones que fue indicando, y consecuencia todas de la revolución industrial. Resaltó que evidentemente en el tema de la ciudad toda cautela y consideración es difícil y delicada. No cabe duda, dijo, que la ciudad de hoy no es exclusivamente una obra de arte; vamos camino de que no sólo no lo sea en el todo sino que ni siquiera lo sea en las partes.

Plus de belleza

La ciudad, como señaló el poeta americano Walt Whitman, es "un compendio inagotable de fenómenos humanos", una creación de las más imponentes que el hombre ha dejado sobre la tierra; porque la ciudad es historia, política, economía, riqueza y miseria así como, en

gran parte, también religión, como lo fueron sobre todo las musulmanas y también las cristianas medievales. El arte, por lo tanto, es tan sólo uno de sus aspectos.

Lo que no se puede dejar de reconocer es que fueron obras de arte, puesto que elevaron los mejores monumentos de la historia que hoy admiramos. De la misma manera, no cabe duda también de que la naturaleza ayuda mucho a elevar ese plus de belleza que las ciudades privilegiadas tienen. París, entre los meandros del Sena, que tanto contribuyen a buscarle perspectivas felices; el caso de Venecia, único e inconmesurable, una ciudad que ha transformado sus calles en canales y sus vehículos de transporte en góndolas; una ciudad como Nápoles, que se asoma a uno de los más bellos panoramas en el mar Tirreno; una ciudad como Toledo, en su roca peñascosa pesadumbre, y Granada, con sus torres cautivas y su nevado manto de armiño, y tantas y tantas otras que gozan de esos emplazamientos maravillosos".

Las ciudades, por otra parte, fueron deleite para la vista y han sido tema predilecto para artistas de todo género; especialmente para los bedutistas, los famosos Canaletto, Bernardo Loto que pintaron maravillosas vistas de Venecia, de Londres, de Varsobia o de Madrid. Roma tuvo entre tantos artistas y exégetas un hombre, intérprete genial, que fue Juan Bautista Piranesi quien descubrió una Roma inventada casi por él, una Roma sugestiva y realmente emocionante, una

Roma arqueológica, llena de románticas ruinas.

Tampoco se puede olvidar, según el afamado arquitecto, la representación de ciudades hecha por grabadores modestos como Wingaerde quien tiene muestras madrileñas que se conservan en la biblioteca imperial de Viena. Al ponente siempre le han emocionado los grabadores románticos como David Ro-berts, Genaro Pérez Villaamil, Parcerisa, Gustavo Doré..., es decir, aquellos que bien como ilustradores de libros o bien como creadores de series de estampas nos han dejado aspectos verdaderamente emotivos de las ciudades que nos ayudarán a comprender lo que fueron y que desgraciadamente ya no son. Destacó entre todos ellos su preferencia por David Ro-berts, un escocés que viajó por España y por Oriente y que nos dejó con una gracia, plasticidad y fantasía, superando a la realidad misma, imágenes muy bellas.

Recordó con nostalgia, al tiempo que con profunda emoción, la famosa maqueta de Roma de la E.U.R., de la Exposición Universal de Roma, que quiso iniciar Benito Mussolini y que quedó nada más que en propó-sito. Para el ponente, quizás una ambición desmesurada pero con talento. Esta maqueta, que no es ilusoria sino científica, reproduce la Roma en tiempos de Constantino. Ciudad que, en su opinión, no se ha vuelto a repetir ni se repetirá. "Se harán ciudades más importantes, más populosas, más técnicas, más agradables de vivir que Roma pero no con tal

riqueza de escenarios urbanos, tantos templos, tantos foros, tantos circos, teatros, anfiteatros y todo ello en época de Augusto, de Vespasiano, de Nerva, de Trajano. Por todas partes se veían monumentos conmemorativos".

Horror por los monumentos

El ponente se quejó de que parece que los madrileños tenemos disgusto, desenfado, horror por los monumentos conmemorativos de nuestra ciudad, pues casi todos los llevamos al Retiro o a las afueras. A diferencia de la Roma de los pontífices, la Roma del Barroco, la Roma de los Farnesio, de los Borguese, de los Ludovici, de los Barberini... Para Fernando Chueca, esta Roma barroca no existiría de no ser por Lutero y la reforma pues su razón profunda consiste en la respuesta a la ascética reformista con el clamor de la trompetería barroca.

Vemos también en qué medida las ciudades transpiran historia. Elogió la Roma barroca con sus múltiples iglesias, con gallardas cúpulas, con sus interiores de mármol espololícromo, recordando cómo en un viaje hecho en compañía de su hijo y su mujer, cuando preguntó a su hijo: "¿qué te parece Roma? ¿te gusta más París?" él contestó: "Roma es Roma y París es urbanismo".

"París, la vieja Lutecia romana, crecida con una insuperable armonía, es una ciudad grande, majestuosa, diría que es como un campo roturado por la historia en un campo fértil como es el francés, siempre tan lleno y pródigo. Y siempre pensado con un poco de idea de jardín. Sí es urbanismo, pero hay que ver qué urbanismo".

Quiso echar un punto en favor de dos ciudades maltratadas, deshechas: la primera es Estambul y la segunda El Cairo. Para el ponente, Estambul es una de las ciudades más bellas de Europa, una verdadera fuente de armonía que, sin embargo, se encuentra hoy empobrecida, destruida.

Pero todavía El Cairo está más venida a menos en este mundo oriental. Fernando Chueca confesó su debilidad por esta ciudad, por el mundo islámico de los mamelucos. Estos constituían un cuerpo militar que se apoderó del trono y gobernó en Egipto desde 1.250 a 1.517, exactamente desde que se construyen las grandes catedrales francesas hasta que salta ya el maduro Renacimiento italiano, una etapa de nuestro mundo contemporáneo extraordinaria.

Ciudades islámicas

El conferenciante manifestó cierta predilección por las ciudades islámicas. Se conmovió al recordar cuando por primera vez vio la Medina de Tetuán; según dijo: "era ir al mundo del alto medieval, era irme siglos atrás; las mujeres huidizas con el velo hasta los negros ojos arrojándose a las paredes para no tener contacto con ninguna persona extraña que pudiera rozar al menos su cuerpo lleno de telas protectoras, aquellos chiquillos corriendo, todos casi desnudos atropellando a los viandantes, los borriquillos que eran conducidos por muchachos que estaban siempre agitando campanillas para abrirse paso en las callejuelas estrechas, y luego, se veían mendigos, que parecía que habían agotado el cáliz de su amargura pero con nobleza y dignidad sin echar en cara a nadie su situación: eran mendigos plácidos y venerables".

Todo esto le resultó muy hermoso, pues estaba impreso de aroma de otros tiempos.

El ponente reconoció haber disfrutado mucho con las ciudades y haber viajado bastante; señaló que las ciudades inglesas le habían llamado mucho la atención, en todas ellas había asistido a espectáculos de indudable belleza. Expuso la diferencia entre una catedral del continente y una catedral inglesa que, para él, estriba en que mientras que la primera está inmersa en la ciudad, la segunda suele estar rodeada de parque, en un lugar de esos "gre-

en" que dan una escala extraordinaria al conjunto. Fernando Chueca evocó sus viajes por toda Francia. De ciudades como Brujas y Lovaina dijo que esperaba que se conserven al constituir hitos de la humanidad y sagrados depósitos del arte urbano de otros tiempos. Ahora bien, su preocupación fue más lejos pues se preguntó por el futuro de otras muchas ciudades que no gozan del prestigio y del favor de éstas. Su actitud fue pesimista.

Las últimas y bellas palabras del conferenciante respiraron un tono poético y nostálgico: "A veces nos sentíamos un poco lejos de nuestra España. Como todos sabemos, avanza sobre nuestros océanos, como la torre albarra-na de una fortaleza imbatible que nos hace ser fieros de nuestro papel de centinela pero también misántropos y ariscos por nuestra propia soledad. Miramos a América es cierto, miramos a África es inevitable, miramos a Oriente, es indudable ¿os habéis fijado en los cuarteles que las garitas de los centinelas avanzan sobre un ángulo para que éstos tengan la posibilidad de vigilar en todos los sentidos? así estamos nosotros, no para vigilar a nuestros enemigos, que ya no los tenemos, sino para algo más importante, para no perder de vista a nuestros amigos, para no perder de vista lo que somos".
C.H.

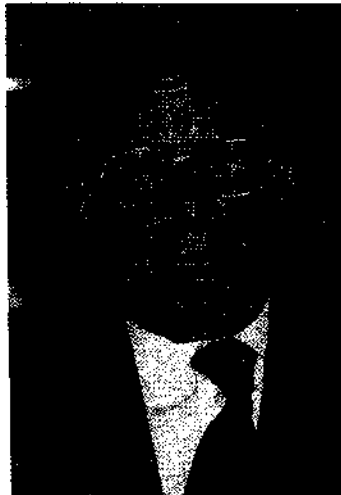
Mariano Yela: La vigencia de la inmoralidad

Comenzó el conferenciante fundamentando la idea de "moral vital" en un significado de la "Conducta" que nos pareció muy adecuado. Inmediatamente entendimos el porqué de su comienzo: esta moral constituye la esencia de la conducta humana.

La conducta es, ante todo, una respuesta, por tanto, es "del" sujeto, que tiene el mayor peso en ella. Aunque no puede darse nunca sin un medio, como luego se dijo. En cambio, no puede ser considerada, al menos en el caso del ser humano, como mera respuesta, porque, debido a su modo esencial de "ser

en el mundo" —esto nos recordó a Heidegger— él interroga, cuestiona, "interpreta" y "hace suyos" los diferentes "momentos" y "componentes" de la respuesta. Con lo cual, podemos decir que, en el hombre, la conducta es un encuentro de éste, no solamente con las cosas sino, ante todo, con su propia respuesta. Es este encuentro el que, al parecer, según nos comentó don Mariano, fundamenta lo más importante de la conducta desde el punto de vista moral: la responsabilidad. Empezábamos a entrever aquí una de las salidas de la decadencia.

Pero, ¿con qué se encuentra el hombre en su respuesta? En primer lugar, con una "situación". Porque es ella la que condiciona su respuesta. Para explicarlo, se acudió a un ejemplo muy claro; el significado que ha tenido el Sol a lo largo de la historia y en las diferentes culturas. Esto nos prueba que el hombre responde de formas diferentes dependiendo de las situaciones tan dispares por las que pasa. De aquí concluimos que la conducta no es una mera respuesta, no sólo porque es encuentro, sino también porque no responde sólo a estímulos físicos. Se trata de algo mejor: el hombre cuenta con el mundo en que vive y se responsabiliza de él. En segundo lugar —dijo—, nos encontramos con los resultados de nuestro responder: por eso, lo normal es que queramos hacer las cosas lo mejor posible. También nos encontramos con la acción misma de responder y, por conocernos a nosotros mismos como sujetos de ella, por



Mariano Yela.

ser conscientes, por esa autoa-probación de mis propios actos, podemos reflexionar sobre ella, y, por tanto, necesitamos ponerla en cuestión, la criticamos, sacamos sus defectos y sentimos la necesidad de perfeccionarla.

Por otro lado, al responder, me veo obligado a tener en cuenta los recursos que tengo. Son muchos, pero limitados. Aquí, el autor destacó la idea de que el ser humano no puede conocerlo todo, porque es un ser

finito y tiene limitaciones, ejemplo de ello son los umbrales de la sensación, que nos manifiestan que hay partes de la realidad que se escapan a nuestros órganos receptores.

Se refirió a San Agustín para explicar que por el hecho de encontrarse el hombre consigo mismo en su respuesta, es por lo que se auto-cuestiona: "¿quién soy yo?" "¿quién soy?". Y aquí apareció otra base de la moralidad que nos ayudaba a ver una nueva salida de la decadencia: estas preguntas son fundamentales porque mi acción me revela a mí como persona. De mi conducta depende el que yo sea una cosa u otra. Por tanto, siento una gran responsabilidad a la hora de comportarme, tengo que dar "Cuenta y Razón" —citando a Ortega—, no sólo de mí mismo, sino también de lo que hago, y esto dentro de mis circunstancias, porque en ello me va el ser, la vida. A la pregunta anterior responde la necesidad de salvar el yo y las circunstancias. Es una vía para salir de la decadencia en que estamos, porque sólo así progresará nuestra vida, enriqueciéndose cada vez más y abriéndose a diferentes posibilidades de ser.

Moralidad vital

Empezaba a hacerse evidente todo lo que podían ser síntomas de inmoralidad: lo que no implique el progreso del hombre como ser personal y creador de su propia vida y, por tanto, de las circunstancias en que vive. La despersonalización del mun-

do en que vivimos, la falta de creatividad y de aportaciones inteligentes para mejorar el mundo en que vivimos han hecho que aflore de nuevo "la inmoralidad del hombre masa" que Ortega tanto criticó de su época.

En contradicción con esto, ayudado por Ortega, Yela destacó la idea de "moralidad vital" como aquella que se funda en la realidad del mundo, de los otros y de mi yo. Es ante la trascendencia de esta realidad ante la que el hombre se ve obligado a dar cuenta y razón. En su opinión, de aquí surge el sentido de dos niveles de moralidad: el de la autenticidad y el de la veracidad. La primera consiste en ser uno mismo, o, lo que es lo mismo, "decir lo que se piensa y hacer lo que se dice" —de esto se valió para interpretar la idea de Píndaro y los versos de Quevedo—. Era así como nos quería incitar a superar la cobardía, el fingimiento y la hipocresía, como medio para luchar contra la invasión de lo personal y la privación de la libertad en el mundo en que vivimos.

Ahora bien, no basta con que consigamos que se implante este nuevo orden moral de la autenticidad para que consigamos que desaparezca la decadencia; hay que avanzar constantemente, pues el ser humano nunca llegará a la total desvelación del ser, ya que éste le trasciende. No basta con ser uno mismo, sino que además hay que tratar de llegar a la realidad en sí. Así, y citando los conocidos versos de Machado sobre la verdad, nos invitaba a un insis-

tir esperanzado en la búsqueda de la verdad, huyendo de todo relativismo —todo esto nos recordaba a Heidegger. Con gran originalidad y con una intención muy inteligente, el conferenciante cambió el sentido de los versos de Machado: no se trata de que sean los demás los que se muevan y me acompañen en la búsqueda de la verdad, sino de que yo me lance y movilice a otros: "voy contigo a buscarla". Lo contrario —nos dijo— sería la moral descendente que se atiene a lo propio, al capricho del momento, que quiere ser autosuficiente e irreverente con la realidad. ¿Nos dejamos llevar hoy por esa moral descendente? ¿Está vigente? Parece que llegamos a la pregunta clave del discurso. Pero, en seguida comprendimos el sin sentido que tenía, porque, haciendo un recorrido histórico a través de textos como los del *"Tratado de las tribulaciones"*, *"El Quijote"*, *"Episodios nacionales"* y *"La sociedad española 1992-1993"* de Amando de Miguel, nos hizo ver don Mariano Yela que la inmoralidad ha existido siem-

pre y ha sido algo evidente. Igual que entonces, hoy siguen existiendo aprovechados, despilfarradores de la riqueza del país, en lugar de productores de ella y lo único que se produce es corrupción.

En la actitud del hombre de hoy, destacó, por un lado, la vigencia del desencanto y la apatía como algo generalizado y, por otro, la vigencia de la inmoralidad ante la cual parece que nos complacemos y resignamos. Permanecemos indiferentes ante ella, como si fuéramos impotentes y nada pudiéramos hacer. Resulta bastante contradictorio el ver cómo hombres que "dicen" adherirse a unos valores morales, luego no se comportan de un modo acorde con ellos.

Nos quedó claro, a través de los textos escogidos, que la inmoralidad ha existido siempre y existe hoy; pero el problema que se nos planteó es otro bien diferente: se trata de saber si ésta es mayor hoy que en otras épocas, si llega a ser vigente y si esta vigencia puede conducirnos a la decadencia. Para responder a esto, el académico echó mano de una serie de ejemplos conocidos, procedentes del campo de la literatura y la filosofía. Con ellos pudimos comprobar que el absurdo del esperar desesperanzado o del hombre que ha perdido el sentido de la vida, de la existencia, la absorción del hombre por la técnica y otras manifestaciones peores como el genocidio, el racismo, las matanzas de seres sin culpa alguna, el terrorismo y la corrupción de la Democracia, nos hacen caer en la cuenta

de lo vigente que es la inmoralidad hoy. Y la decadencia se hace más palpable cuando comprobamos la infelicidad que padece el hombre de nuestra época como consecuencia de esta situación.

La renuncia a la razón

Lo peor no acaba ahí, lo peor está en que el hombre no usa ya su razón para caer en la cuenta de la trascendencia de los valores y principios morales y prefiere pensar que todo es relativo, para que así quede salvada cualquier acción y nadie le exija responsabilidad. Con la renuncia a la razón (que Julián Marías defiende tanto o más que su maestro Ortega y Gasset) nos encontramos en un mundo que ha perdido su timón porque no encuentra su fundamento, su raíz.

Ahora bien, lo anterior no basta si de verdad queremos definir el pensamiento postmoderno. En su caminar se abren luces de esperanza, nuevas alternativas, en donde cabe la posibilidad, señalada por Jaspers, de una "vida digna". Es verdad que corren tiempos de angustia para la vida, como nos señaló Heidegger, porque la técnica degrada, pero también es posible la vida como empresa, en el sentido orteguiano, porque aún permanece viva la esperanza a través de diferentes manifestaciones en donde se ve al hombre como queriendo progresar, con la necesidad de proveerse de valores morales o donde se nos motiva a ilusionarnos con grandes cosas de las que sí

somos capaces (como en el Breve Tratado de la Ilusión, de Julián Marías). Concluyó el profesor que, aunque reconozcamos la vigencia de la inmoralidad, la cosa no es tan grave, no llega a ser una fatalidad, es simplemente una amenaza que, por tanto, aún estamos a tiempo de salvar. Así nos introducía en un moderado optimismo. Se trata de un nuevo camino para hacernos ver que la decadencia es evitable. Lo es si vivimos ilusionados con lo que hacemos, si vivimos de esperanza y le damos chispas de encanto al mundo. Para estar en este camino, el hombre ilusionado debe sustituir al hombre iluso, y el que vive encantado con la realidad y la goza en un nivel creador debe ocupar el sitio del que sufre los encantamientos, siendo víctima de la manipulación social, política y de todo tipo a la que podemos estar sometidos si nos venios representados por "el hombre masa" al que ya nos referíamos antes. El nivel creador de éxtasis y elevación del ser humano tiene que sustituir el nivel de vértigo en el que el hombre se deja arrastrar por la mayoría.

Hay que liberar al artista prisionero que llevamos dentro, nos propone don Mariano siguiendo la idea que nos da Russell en el "testamento" que nos ha dejado.

Pero, ¿cómo liberarnos? En vista de los peligros de encantamiento que acechan a la humanidad, es la razón la única que tiene el poder suficiente para esto, porque nos mueve a actuar y a dominar el mundo, para no dejar que sea él quien nos domine.

La conferencia llegó a su fin con unas conclusiones personales del autor. Volvió sobre la idea de la amenaza de una decadencia. Siguiendo en la línea de su "moderado" optimismo, nos quería insistir en la posibilidad de superarla mientras seamos capaces de esforzarnos y nos mantengamos con verdadera ilusión en el empeño por salir de ella. En vista de que están a nuestra disposición medios sobrados, tenemos la posibilidad de utilizarlos para buenos fines. Pero, a la vez, mantenía un cierto escepticismo, un no saber nada acerca del posible predominio o no del "hombre desencantado" al cual le faltan ganas y "ética" para superar la inmoralidad.

Estábamos pendientes de que nos diera una respuesta concluyente, pero quería dejar las cosas como colgando de un hilo —aunque no lo consiguió, porque lo cierto es que nos había dado muchas ideas y vías de actuación a lo largo de la conferencia—. Ante la pregunta "¿qué haremos?" ¿conseguiremos liberarnos definitivamente de la decadencia? nos contestó

con su inseguridad. Por otro lado, nos advirtió que esto sólo ocurrirá a condición de que "nos percatemos" y "nos esforcemos" en reconocer la importancia y el significado que tiene la razón, el progreso y la técnica para nuestra vida. En esto se mostró seguidor de Ortega, reconociendo la idea clave que había tratado de comunicar a lo largo de su discurso. Además, depende también de que el hombre oriente éticamente este esfuerzo. En fin, que a la pregunta ¿qué hacer? cada cual debe responder desde sí mismo, con su vida, con su conducta. Esta entendimos que era la gran solución.

De todos modos, nos dejó con una idea muy sugerente. Se puede esperar lo peor y esto quedó justificado en su discurs-

so, pero también se puede esperar lo mejor, que siempre es preferible por el ser humano.

La "buena esperanza" es lo más valioso, porque le engrandece y le abre a infinitas posibilidades, para elevarse por encima de la mezquindad del mundo, para no aferrarse al pesimismo de sentirse incapaz para salir de la decadencia, o de no querer luchar, porque la lucha requiere gran esfuerzo de su parte. El hombre de hoy no puede conformarse con lo vigente, debe volar alto y para ello necesita la "buena esperanza". Así entendimos el sentido de la frase que escogió de *Don Quijote* para terminar: "vale más buena esperanza que ruin posesión". M.L.D.

Rafael Lapesa: La expresión por la palabra

Bajo el título "La expresión por la palabra" habló *Rafael Lapesa*, sobre la palabra, del lenguaje en general y de nuestra lengua española en particular. Se cuestionó si acaso está en decadencia, y cuáles serían las manifestaciones de la misma, qué males acechan al español actual, y pasó por último a expo-

ner cómo entiende que puedan obviarse tales amenazas. Dijo en primer lugar el conferenciante no ser teólogo para hablar de la palabra con mayúscula o el Verbo Divino al que no afectan las decadencias, por lo que su discurso se refirió a la palabra con minúscula, la palabra humana: "reflejo, sí, de la divina y creadora también den-

tro de su limitación humana", que en ese sentido es sinónima de lenguaje: "La facultad humana que crea las lenguas, sistemas de signos que representan las realidades del mundo exterior y las de nuestro mundo interno; sistemas de signos que nos permiten manifestar nuestros sentimientos, imaginaciones y deseos; sistemas de signos mediante los cuales estimulamos la actuación ajena o tratamos de impedirla o atenuarla": las tres funciones capitales señaladas por Karl Bühler: representativa, expresiva y activa.

Se refirió a continuación al mérito atribuido al lenguaje y a las diferentes lenguas a partir de la teoría ya centenaria de Humboldt, para quien la lengua es reflejo del conjunto humano que la creó y la recrea continuamente y a su vez como conformadora de esa mentalidad en las sucesivas generaciones. Para Guillermo de Humboldt cada lengua conlleva en su sistema una clasificación de la realidad, una ordenación mental del mundo. Valiéndonos de un endecasílabo de Machado, dijo el señor Lapesa, podríamos decir que según Humboldt cada lengua "dispone el viejo mundo en orden suyo y nuevo"; la lengua superpone su cuadrícula clasificadora entre la percepción sensorial de la realidad y la configuración de esta en la mente, de forma que, llevada esta teoría por algunos al extremo, afirmaron que la lengua colectiva forja el destino de su comunidad, lo cual no dista mucho de lo que decía Unamuno: "la sangre de nuestro espíritu es nuestra lengua".

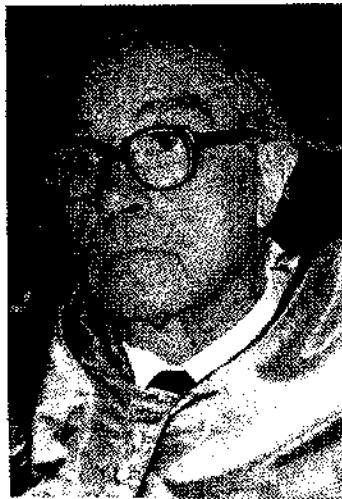
Hechizo de la lengua

Ese hechizo y la fuerza compulsiva de la lengua pone en guardia contra la posible falacia al científico afanoso de objetividad absoluta. Se debaten así los dos extremos y en el opuesto, encontramos el poeta que intenta expresar lo inefable, que calificará de rebelde y mezquino al lenguaje humano, como hizo Bécquer, en su pretensión de apresar en palabras "el himno gigante y extraño que anuncia en el alma a la aurora".

Ya sea acusándola de mendaz o indigente, ya con asombro ante ella, dijo nuestro académico: "todo hombre piensa en una lengua, expresa en ella su sentir y se comunica con otros en ella. Usar de otra lengua supone un cambio de código que afecta desde la organización de categorías, significantes y significados hasta las peculiaridades de timbre, entonación y articulación de los sonidos en el acto del habla".

Tentación a la que no se sustraen quienes hablan de la forma interior del lenguaje es la preocupación excesiva por señalar lo peculiar, lo distintivo, lo genial de cada lengua y cada pueblo; esta herencia romántica conlleva el peligro de sugerir afirmaciones de personalidad nacional más debidas a voluntad y afecto que verdaderamente científicas.

Si la forma interior de una lengua —señala Lapesa— resulta, como sostuvo Humboldt, de la voluntad íntegra del espíritu orientada hacia la palabra, es forzoso que contenga una mayoría de elementos comparti-



Rafael Lapesa.

dos con la forma interior de otras lenguas; parte de ellos inherentes a la esencia misma del lenguaje existirán en todas; otros serán comunes con las lenguas de la misma familia o rama, o con las representativas de una civilización afín. La forma interior de una lengua ha de concebirse en constante evolución: de los cambios que experimenta, unos están determinados por la evolución del vivir y el pensar de la comunidad hablante. Otros surgen favorecidos por cambios de diverso origen que han alterado el sistema gramatical o semántico de la lengua y han ofrecido coyuntura para que se manifiesten distinciones categóricas no reflejadas antes en él o se borren otras que antes existían. Puso don Rafael Lapesa clarísimos ejemplos de la evolución de nuestra lengua, así como la francesa y la inglesa, y puso de manifiesto cómo la historia de las lenguas muestra asimismo la variedad de los factores que han determinado el crecimiento, estabilidad, transformaciones, o fraccionamiento de cada una, y en los que han podido contribuir a

la conformación de estos rasgos peculiares.

Lengua y nacionalidad

Pasó seguidamente a estudiar la relación entre lengua y nacionalidad, y la variedad de efectos que en su religión podemos observar según la situación de una y otra. El griego anterior a Alejandro Magno, no obstante cultivarse en varios dialectos, mantuvo la cohesión de la hélade carente de unidad política. El italiano consagrado como lengua literaria nacional sobre el pulular de dialectos y la gran pluralidad de estados, contribuyó poderosamente a fundirlos en la Italia unida. Hay naciones unificadas políticamente, con repartición geográfica de las lenguas en plano de igualdad como Bélgica o Suiza, o jerarquizadas con la general superpuesta a las regionales como Rusia.

Hechos históricos similares han tenido consecuencias lingüísticas distintas. La desmembración del Imperio Romano provocó el fraccionamiento del latín en las diversas lenguas románicas, pero la división de Hispanoamérica en una veintena de estados independientes entre sí, no ha producido quiebra en su unidad lingüística. Puede ocurrir, como en el siglo XVIII español, que la decadencia política es acompañada por la literaria y artística, mientras que la estabilización de la vida colonial conllevó la consolidación de la lengua española en

América, y un gran crecimiento en el número de sus hablantes. Es posible asimismo estudiar la relación e influencia entre la forma interior de una lengua y su evolución y el devenir histórico de la comunidad que la habla. Es lo que hizo Menéndez Pidal, mostrando cómo el nacimiento y expansión del dialecto castellano y la extensión del mismo a costa de los dialectos románicos vecinos fue obra de la eficacia político-militar de Castilla, del prestigio y atracción subsiguientes y de su capacidad de incorporar a su proyecto al resto de los reinos peninsulares. Por eso en 1044, cuando La Rioja pertenecía todavía a Navarra, había documentos riojanos muy castellinizados en su lenguaje. El que Castilla supiera canalizar los esfuerzos y liderar el proceso histórico de la reconquista dotó a la lengua de los castellanos de la fortaleza que hizo que se impusiera en el uso literario sobre el resto de los romances, no mediante un proceso de imposición sino de adhesión e incorporación, fruto probable del atractivo de la empresa impulsada con más fuerza por Castilla. Los regionalismos, dijo Lapesa, "quedaron eclipsados por un sentimiento nacional seguro de sí, dinámico y optimista".

Lenguaje de España

Fue, según el profesor, quizá apresurado que Alfonso el Sabio calificara al castellano de "lenguaje de España" y "Español", pero su vigencia como

tal estaba plenamente constituida en el siglo XVI. La lengua general de la nación entonces recibió el nombre de Español correspondiendo el neologismo, según Amado Alonso, "a un nuevo contenido plasmado en los afectos y contenidos vitales de los hablantes". Respondía por tanto a los deseos de quienes no siendo castellanos sentían esta lengua como algo propio que aglutinaba a todos los españoles.

Señaló Lapesa que, como observó certeramente Ortega, la historia de una nación está constituida no sólo por los acontecimientos que a través de una paulatina incorporación dan lugar a su constitución plena, sino que también hay que ver el proceso de desmembración o desintegración. Esto mismo es aplicable a la historia de las lenguas. En este punto creyó oportuno el profesor plantear el tema de la posible decadencia de nuestra lengua española castellana y también por otra parte su rela-

ción con las lenguas españolas regionales. Con ocasión de la conmemoración de los mil años de existencia del castellano, tuvieron los especialistas ocasión de preguntarse si llegarían las lenguas modernas a superar los 1400 años que se calcula que duraron en puridad las lenguas clásicas europeas.

No parece claro que pueda hablarse de decadencia en el sentido de falta de vitalidad en relación con el español. Los trescientos veinte millones de hablantes de los cuales unos doscientos noventa tienen el español como lengua materna, parecen una garantía de buena salud para nuestro idioma. El rápido crecimiento demográfico de Hispanoamérica que por una parte supone una ventaja constituye al tiempo un peligro para la unidad y el papel normativo que hasta ahora ha ejercido el castellano hablado en España, que podría convertirse en una variedad arcaizante como ha sucedido con el Inglés de Gran Bretaña.

Hegemonía de la Academia

Sucede sin embargo que el hecho de que Hispanoamérica se halle dividida en países con variantes diferenciadas de habla española hace que ninguna de ellas pueda imponerse y acabar con la hegemonía normativa de la Academia Española, que con sus dieciocho correspondientes y asociadas americanas constituyen la Asociación de Academias de la Lengua

Española que es hoy por hoy el único organismo que defiende la unidad del español como precioso instrumento de comunicación.

El que pueda mantener nuestra Academia el papel de timonel depende, según Lapesa, de la adopción de una serie de medidas que enumeró y cuya máxima sería "Soy hispanohablante y no considero ajena a mi ninguna variedad geográfica de la lengua española", a la que servirían de corolario otras como no sentirnos dueños sino siervos del español; admitir que nuestra versión no es la única legítima; rechazar enérgicamente la tendencia pueblerina a ridiculizar o caricaturizar los modos diferentes de expresión en español; no sentirnos únicos herederos de nuestros clásicos, que lo son de todos los hispanohablantes, debiendo incorporar a nuestra herencia los clásicos no nacidos en España, haciendo uso de la misma en la enseñanza; oírnos y leernos mutuamente y cuidar de nuestra norma respetándola nosotros mismos.

Pasó a continuación a referirse al valor de la lengua como instrumento de comunicación que da homogeneidad a una cultura compartida por muchos millones de personas. El valor reconocido como medio de comunicación y nexos de unión requiere para su conservación medidas de policía. Las entidades fonológicas, gramaticales y semánticas de una lengua son bienes comunes que se estropean con el mal uso. La lengua es un sistema en el cual el deterioro producido en

una parte repercute en la totalidad. El uso no es fijo, está sometido a reajustes que serán más pronunciados cuanto mayores sean las tensiones a que se vea sometida la sociedad a que sirve. Cambios sociales bruscos producen la evolución o degeneración y desintegración del lenguaje. Roma es el ejemplo más claro de cómo la crisis de las instituciones produjo la desintegración del Imperio y tras un período de transición las variantes en la forma de expresión dieron lugar al nacimiento de las lenguas romances.

La defensa de la norma no implica —dijo— elitismo ni preferencia alguna de clase social o económica. A todos los estratos sociales debe ser común la aspiración del bien hablar como vehículo de igualdad, unidad e instrumento de comunicación.

Desafortunadamente la proliferación de "terminachos", el descuido, la imprecisión han llegado a los canales de divulgación de lo que debería ser el habla culta: el discurso político, la prensa, la radio y la televisión.

El español en la actualidad

Es, dijo el académico, exigible a quienes quieren ser expresión de la sociedad mayor decoro en la utilización de la palabra, mostrándose contrario a quienes hacen flaco favor a nuestro idioma jalonando sus obras de todo tipo de expresiones soeces y se recrean en la grosería y la obscenidad.

Hizo referencia a la deficiencia de la formación escolar, la falta de lecturas que se agrava con la competencia que cada vez con más fuerza ejerce la televisión. La deficiente formación lingüística del profesorado de Enseñanza General Básica y el desprecio que los nuevos planes de estudio muestran por las humanidades y las lenguas clásicas ponen en peligro, como ha puesto de manifiesto la Real Academia ante las autoridades competentes, el mantenimiento del nivel en cuanto al conocimiento y uso adecuado de nuestro idioma. También la llamada pedagogía de "vive como quieras", contribuye al envilecimiento y la degradación del habla de los más jóvenes. El hecho de que el interés por nuestra lengua sea cada vez mayor en casi todo el mundo no debe cegarnos a la realidad de que en ciertos lugares como Filipinas, Guinea o Marruecos se esté perdiendo el uso y conocimiento que se tenía de ella. Hay que fomentar el conocimiento de nuestra lengua en estos lugares, así como en todos aquellos donde han echado raíces los hispanohablantes y su cul-

tura pugna con la de la nación en que se instalan. No tenemos instrumento —añadió el conferenciante— de propaganda lingüística y cultural comparables a la Aliance Fra?aise o el British Council, ni son adecuadamente fomentados los lectorados de español. Los institutos españoles no se protegen adecuadamente y a veces el éxito de su labor se debe más al esfuerzo personal de sus directores que a una adecuada política en relación con los mismos.

En cualquier caso, y pasando quizás al más espinoso tema de la conferencia del profesor, Lapesa lamentó que la buena salud de que parece gozar nuestro idioma allende nuestras fronteras contraste con una situación crítica y que no debe ser silenciada en nuestro propio país. La Implantación del Estado de las Autonomías repercute en continua fricción entre la lengua común y las regionales, de forma que con frecuencia se vulnera el precepto constitucional que atribuye el deber de conocer y el derecho a usar la lengua común de todos los españoles.

La situación sumamente grave alcanza grados de extravagancia cuando se impone el estudio y conocimiento de las lenguas autóctonas en zonas donde nunca se han hablado, o se fomenta la creación de lenguas artificiales que sirvan de norma a dialectos con infinitas variedades locales y sin cultivo literario alguno como oposición al español. No hay que ser muy sagaz para

comprender que estos procesos pueden propiciar la desintegración de la nación española si no son tratados adecuadamente por todos con prudencia, amor y comprensión.

Puso fin a la conferencia Rafael Lapesa con estas palabras: "Frente al luminoso porvenir augurable a la lengua española en el ancho mundo, el que apunta para ella en España apunta inquietudes sombrías. No debemos ocultarlas, todavía podemos hacer que se desvanezcan. Como cuando el Cid salió de Vivar camino del destierro, volaron a su rededor cornejas diestras y siniestras, así también se ciernen

sobre nuestra lengua agujeros contradictorios; no nos dejemos seducir por los presagios favorables ni nos acobardemos por los anuncios de peligro. En este momento en que se encuentran en crisis las ideas de nación y Estado, el valor de la cultura y de la herencia histórica, sacudamos la cabeza, como el Cid, para espantar vaticinios; proclamemos nuestra fe en la obra bien hecha, en la palabra bien dicha y bien escrita, en el esfuerzo colectivo y en la posibilidad de mantener con ese esfuerzo el impagable vehículo de comunicación humana que hemos tenido la suerte de recibir los hispanohablantes. A.A.

Chueca Goitia: La función vital del arte

La Función Vital del Arte es el título de la segunda conferencia que ha pronunciado el académico Fernando Chueca Goitia dentro del ciclo sobre la Decadencia Evitable. El arte constituye una necesidad vital que el conferenciante inscribió dentro de la circunstancia en la que se mueve la persona humana como una forma diferente de ver la realidad circunstante, como una manera de interpretarla. La función ha sido matizada a

lo largo de la historia, y si en Grecia fue la exaltación de la belleza arquetípica, que emparejaba a los hombres en cierta medida con los dioses, en Roma fue manifestación del poder político y en la Edad Media fue religión. El Renacimiento, idealizando el pasado, buscó a través de la investigación plástica un ideal nuevo y el Barroco tuvo su imagen del arte como requisito vital también.

Sin entretenerse mucho en lo que ha sido la historia del arte

hasta nuestro siglo —el confe-renciante— pasó de lleno a lo que desde todos los puntos de vista puede ser más problemá-tico y nos afecta directamente: el tema de si el arte contemporá-neo responde a las necesidades vitales del hombre y, si no pudiéramos responder afirma-tivamente a esta cuestión, de-senmascarar los intereses que pudieran haber provocado esta situación tan preocupante. No puede decirse —dijo— que exista una nueva expresión artística, sino una serie de noví-simas y múltiples vi-siones del mundo artístico de nuestros días tan divergentes en muchos sentidos que no puede hablarse hoy de una forma expresiva representativa del momento. Hasta el impresionismo que trajeron a finales del siglo pa-sado Renoir, Degas, Monet, Pissarro, Sisley..., nos movemos en un terreno algo firme que, basado en la perfección técnica, a través de la cual, podríamos decir que se llegó a una de las cimas en la historia del arte. En el tratamiento de la atmósfera, la luz, el reverberar de las impresiones más o menos pic-tóricas se produjeron descubri-mientos y cotas de expresión jamás alcanzadas.

Al dejar el impresionismo e introducirnos en el expresionismo, con sus mayores pretensiones en general, dijo el profesor: "En contramos el abandono en el intento de mostrarnos el espec-táculo de la naturaleza más risueña de dulce panteísmo, propia del impresionismo y contemplamos el producto de torturadas mentes germánicas persiguiendo la introspección

en las profundidades angustio-sas de la psiques, que busca mostrar lo trágico de la condi-ción humana". Esto emparenta al expresionismo en cierta me-dida con el romanticismo. Entiende Fernando Chueca que en "El grito" de E. Münch podemos hallar el anagrama del movimiento, la exposición de una filosofía, "de la dramática filosofía del expresionismo; una doctrina estética marcada por la simplicidad y el misterio de la mujer que grita". En reacción contra el impresio-nismo y la tendencia objetiva de un Cezánne o Seurat conti-nuada por el cubismo, aparece el primer movimiento expre-sionista mezclado con influen-cias simbolistas y Moderne Style de 1885 a 1900. En este movimiento podemos inscribir entre cuyos mayores represen-tantes a Van Gogh, Toulouse-Lautrec, James Ensor, E. Münch y Hodler. El subjetivismo de estos artistas se formula a través de temas obsesivos y dramáticos, colores agrios y destemplados, así como por la violencia del propio grafismo.

Sienten una tendencia literaria en su obra, y están tocados por un pesimismo Kierkegaardia-no. Solana es escritor pesimista y amargo. Picasso está obsesionado en las épocas azul y rosa, y siente el peso de una literatura del pesimismo que le llega a través del ambiente de Barcelona que también influyó en Isidro Nonell.

Aparece otro camino —señaló el profesor Chueca—, el camino del surrealismo, el desmorona-miento de los valores estableci-dos emprendido por el movi-miento "dada" no podía dar resultados constructivos si no se organizaba después a través de un nuevo movimiento que fue el surrealismo. Entre 1915-1922, en Suiza, nació este movimiento de la amalgama de gentes desarraigadas, revolucionarias, desambientadas y difíciles. Buscan su reunión en lugares como el Cabaret Voltaire de Zurich, club artístico con salas de exposición y conferencia, que, con criterio ecléctico, reú-ne en un solo centro obras de Arp, Chirico, Max Ernst, de Candinsky, de Klee, Kokos-chka, Modigliani, de Picasso, etc..., constituyendo una especie de "olla de grillos", dando lugar a los diversos "ismos": futurismo, lorfismo, suprema-tismo, constructivismo, etc... Añadió también el conferenciante que durante el período de los "ismos", en directa relación con los artistas plásticos, aparecen una especie de "santos patronos", "apóstoles" de estos movimientos que provienen sobre todo del campo de la poesía. Encontramos autores teorizantes que consiguieron

ser impulsores de los movimientos que rápidamente se iban sucediendo, así Guillaume Apollinaire, musa del cubismo, Tristan Tzarah, André Bretón y Raynal. Este influjo entre artistas plásticos y poetas o escritores fue mutuo, tal como reconoce Apollinaire en relación con el cuadro de Picasso "Las Señoritas de Avignon".

Esta curiosa relación —dijo— resulta tanto más chocante por cuanto no funcionaba de igual manera con otras artes y así, señaló don Fernando, eran estos escritores y poetas ajenos a lo que entonces se estaba haciendo en música. André Bretón, verdadero sistematizador del surrealismo, predicó la destrucción con un sentido anárquico que buscaba en las profundidades del alma humana tratando de encontrar en la pintura de niños y locos su inspiración como fuente más clara de la realidad. La influencia de Bretón fue decisiva formando un grupo poético surrealista con Louis Aragón, Paul Éluard y Soupault, al que se unió Tzarah. Recordó Chueca que en un momento una serie de artistas surrealistas fueron invitados por Dalí a Cadaqués, iniciándose un momento interesante de la vida artística contemporánea con el nacimiento de la escandalosa carrera del anfitrión.

La compenetración entre la plástica y la poética —señaló— no llega a realizarse de igual manera en España, que tuvo un atisbo en la relación entre Lorca, Buñuel y Dalí; Alberti no sirvió como poeta para el

alumbramiento de una escuela pictórica determinada, por más que existiera en él cierta vocación por la pintura. Podría incluso decirse que este tipo de relación tuvo más vigencia en España dentro de la generación del 98 que en la del 27. En la época de Zuloaga, Beruete, Sorolla, Rusiñol y Solana, existió relación de estos pintores con Unamuno, Baroja, Azorín, Valle Inclán, Pérez de Ayala, Ortega..., aunque la relación fuera totalmente distinta a la que establecieron los surrealistas franceses. La única figura que pudo funcionar como patrono o mecenas de pintores en un momento dado fue Eugenio D'Ors que, por su mayor contacto con Francia, trató de buscar algo de esto cuando grupos como La Academia Breve, Los Salones de los Once, tratan de ser reflejo de lo que estaba sucediendo en Francia. A pesar de que estudiosos eminentes del arte, como Juan de la Encina, Lafuente Ferrari, mantienen también

relación con los pintores, fue ésta de carácter muy diferente del que hubo en Francia y por tanto no homologable a aquélla.

La vanguardia española nace más tarde que en Europa y el fenómeno se produce a través de la formación de dos grupos, uno en Barcelona y otro en Madrid. Dau al Set y El Paso fueron grupos muy eficaces en la proliferación de vanguardias mientras duraron. El Dau al Set nació en torno al año 48 y lo formaban Tapiés, Tarrats, Cuixart, Tharrats, Pone, y otros. El Paso duró tres años, de 1957 a 1960, y a pesar de su brevedad fue expansivo y de mucha resonancia, dejando tras su separación mucho fermento. Los primeros fueron Canogar, Toledado, Saura, Millares, Rivera, Feito, Pablo Serrano que han sido figuras claves del arte contemporáneo español.

Piensas el profesor que un movimiento artístico sano ha de reunir tres factores: escuela, oficio y genialidad. En las fases normales los pintores suelen tener los dos primeros. Por escuela no ha de entenderse —dijo— formación escolástica o formación en un determinado taller o academia o entidad docente de carácter artístico, sino la formulación libre y espontánea de un grupo como El Paso, Dau al Set o la Escuela de Vallecas o de Madrid. El oficio no es virtuosismo, sino "cierta flexibilidad que permita expresar lo que el artista lleva dentro, incluso en el mundo de lo abstracto". El tercer componente: la genialidad, es "otra cuestión...", dijo

el profesor Chueca, con una sonrisa, que añadió un punto de escepticismo e ironía a su siempre bien entonada intervención.

Esto declina, según el profesor, "cuando empiezan a sustituirse los grupos espontáneos por el predominio de las galerías entrando en un camino difícil". Las galerías destruyen el aglutinante espiritual e intelectual de los grupos y escuelas, transformando todo en crudo negocio. Incluso hubo un momento en que el marchante tuvo categoría indiscutible, algunos galeristas constituyeron verdaderas instituciones, no solo como marchantes, sino también como centros de irradiación artística; fueron "la institucionalización de una manera de entender el arte". Pero esta época de los grandes marchantes también decayó.

En España también ha habido galeristas importantes a los que se refirió el profesor, pero poco a poco esto también descendió pasando el flujo del arte a depender, más que de la calidad de la obra, de los vaivenes del mercado y la manera que tienen los galeristas de operar sobre él de manera artificiosa, de manera que las inversiones se rentabilicen sin criterio artístico sino simplemente económico. Hay influencias extrañas al arte que producen una atropellada movilidad en cuanto a tendencias en la pintura actual que cada vez son más confusas y problemáticas. A partir de los años cuarenta se establecen unas vanguardias que no tienen que ver con las anteriores; así el expresionismo abstracto americano, que

puede contener cierta emoción estética pero muy poca expresión constituyendo en cuanto a su título una verdadera contradicción (lo que tiene expresión no es abstracto, lo abstracto no tiene expresión).

Aeste expresionismo abstracto, también se abandonaron franceses, italianos, españoles... empezando a ser imposible agrupar este movimiento de forma racional.

Después llegó el Pop Art, al que escaparon muchos españoles, y el Opt Art (Optical Art), arte de imágenes geométricas, en la que sí entraron españoles como Eusebio Sempere. Más tarde llegó el hiperrealismo, con Antonio López, en que también han entrado de lleno los españoles, quizás por tradición. En este sentido no hay que olvidar el realismo de Zurbarán, Valdés Leal, Puga y como el propio Pereda, que confieren al movimiento nuevo cierta dignidad histórica. Hoy Antonio López, Cristóbal Torral, Juan Genovés... han entrado en este campo con gran

maestría. Esta forma expresiva se apoya en opinión de nuestro académico demasiado en la fotografía, lo cual no considera del todo válido.

Surge después la figura del expresionismo inglés liderado por Francis Bacon, que no deja de ser un revulsivo del arte que crea perplejidad, distorsionando la figura para llegar a la náusea, lo cual es terrible y repelente a juicio del conferenciante.

Fernando Chueca pasó por último a preguntarse si esta situación es signo de decadencia. Entiende él que lo que para algunos es una muestra de creatividad, de energía, de espontaneidad, vitalidad e imaginación..., es, para otros, entre los que se incluye, "signo de desorden, de confusión de caos mental, de degeneración social y en general de decadencia". Mientras el caos no desaparezca paulatinamente y se vuelva al orden, la decadencia será cada vez mayor.

En cuanto a la cuestión de si la decadencia es evitable, Chueca Goytia declaró ser pesimista. La ponzoña, dijo, ha invadido de tal manera el mundo de los artistas que ha llegado a otros campos de la creación y el protagonismo del caos está en todas partes y sus autores están orgullosos del mismo. Sobre el tono triste de esta conclusión late al final la cuestión apuntada en tantas ocasiones por Julián Marías de si el problema surge de la búsqueda de la originalidad por encima de la espontaneidad y la autenticidad. Podría decirse que radica la

cuestión en que la función vital del arte es, como se dijo al principio, forma de expresión, de ver e interpretar la realidad, y esta ha de ser auténtica y personal; y no lo será mientras no prime lo personal sobre lo crematístico, mientras la originalidad no se base en la espontaneidad además del oficio y la escuela, como dijo Chueca, y no

en la búsqueda forzada de "hacer algo diferente". Y si al estado de confusión y perversión han podido contribuir los galeristas y otros agentes del mercado del arte, en definitiva quienes tienen que adoptar una posición coherente con la función vital del arte en primer lugar son los propios artistas.
A. A

Federico C. Sainz de Robles: La inseguridad

Comenzó el conferenciante expresando la perplejidad en que se hallaba ante el tema al que se iba a referir. Según nos comentó al público asistente, en parte parece ser que las dudas se las resolvió el artículo de Julián Marías, publicado en ABC unos días antes de que comenzara el curso en el cual explicaba su sentido. De todas formas, las razones de su perplejidad se manifestaron a lo largo de su intervención.

En segundo lugar, se refirió al contexto desde el que debíamos entender lo que nos iba a decir; se trataba de su especialidad, el Derecho. La inseguridad en la que vivimos, nadie la niega. Pero ésta llega a muchos ámbitos de la sociedad y de la persona. Lo importante aquí estaba en que Sainz de Robles iba a procurar que la viéramos espe-

cialmente desde el punto de vista jurídico.

Por otro lado, no dudó en declararnos la base orientadora que le había servido de punto de partida para elaborar su reflexión personal sobre el tema. Se encontraba en una obra del pensador holandés Huizinga, "Entre las sombras

del mañana" (el diagnóstico de la enfermedad cultural de nuestro tiempo), que le había dejado, por lo que pudimos comprobar, una huella imborrable desde que la leyó. Se centra en el momento histórico que se vive en 1935 y ahí encontró nuestro pensador razones suficientes para una decadencia. Se trata de una época difícil, que conduce a la posibilidad de cierto pesimismo en los pensadores que reflexionan sobre ella. Los acontecimientos que se suceden en estos años son, en su mayoría, definitivos para el pensamiento en general y para la ciencia. Comienza la Segunda Guerra Mundial. Se trata de momentos críticos de grandes catástrofes, destrucciones; los sucesos que tienen lugar, dejan una huella imborrable ya para toda la historia y posibilitan el que en el plano del pensamiento se refleje de una manera especial. Sainz de Robles se refirió al primer capítulo de "La razón de la filosofía", de Julián Marías, donde se advierte la importancia de estos momentos y las consecuencias que tienen para la filosofía.

Seguidamente, nos hizo comprender la conexión que esto tenía con el tema central de nuestro ciclo de conferencias. Nos llevó a la pregunta por el sentido de la decadencia. ¿Significa que los valores y las creencias han perdido su fecundidad? ¿o acaso quiere decir que hay una oposición de los mayores a los nuevos modos de pensar que surgen? Porque, en este segundo caso, quizá no se trate de decadencia, sino más bien de lo contrario. El primero nos quedaba claro que nos

lleva inevitablemente a la decadencia. Lo cierto es que, en los momentos actuales que vivimos, hay que reconocer que vivimos en una decadencia que debe entenderse más bien como crisis, en sentido patológico. Sin embargo, no tenemos por qué entenderla en sentido negativo y caer así en un pesimismo. Vamos a ver cómo es posible justificar esto.

Entre las sombras del mañana" tiene un primer capítulo dedicado a exponer las razones de una decadencia. En él apoyó Sainz de Robles su reflexión. Todos parece que tenemos evidencia de vivir en constante decadencia. Porque el tema se ha repetido a lo largo de los siglos y, debido a ello, siempre hemos tratado de buscar su raíz, su *razón* de ser. Pero el problema verdadero se encuentra en si esta decadencia resulta o no evitable. Esto es lo que produce perplejidad a nuestro conferenciante. Aquí es donde reconoce poner en duda su optimismo. No lo tiene, pero quizá quiere tenerlo —nos dice—. De todas formas prefiere dejar que nosotros, que le escuchamos en ese momento, saquemos nuestras propias conclusiones de su reflexión. ¿Vamos hacia una catástrofe? La palabra nos resultaba muy dura.

El desasosiego

El problema actual lo ve en nuestra incapacidad para "digerir", para acoger en la propia vida los cambios que nos sobrevienen. Esto, hay que reco-



Federico C. Sainz de Robles.

nocer que es difícil de llevar a la práctica para el ser humano. Por ello, como fruto de esta incapacidad, surge la inseguridad, el "desasosiego". Y nos ocurre a nivel personal, a la hora de enfrentarnos con nuestro mundo: muchas veces nos parece que no entran los cambios que se suceden en nuestro "proyecto vital". Entonces estamos inseguros, padecemos un gran desconcierto. Pero aquí no podemos hablar de decadencia, sino más bien de "plenitud", porque la situación nos lleva a "pensar" con el fin de tratar de entender y asimilar los acontecimientos. Es así como podemos trasladarlos y darles un sentido dentro de nuestro propio proyecto, aunque esto no signifique resolver los problemas. Aquí encontró una buena ocasión el conferenciante para recordar a Heidegger. Nos encontramos —dijo— ante multitud de situaciones trágicas en nuestro mundo que nos producen un "impacto personal", esto es evidente. Cuando vemos que se repiten, la consecuencia inmediata en nuestras

vidas es el desencanto, la desilusión y, sobre todo, al ver que no podemos hacer que cambien, nos sentimos impotentes. Pero lo alarmante de la situación que padecemos para Sainz de Robles consiste en "tirar la toalla", pensando que no somos capaces de resolver nada, de luchar contra corriente. Y aquí se refleja lo más grave de todo: hemos perdido el sentido que tiene nuestra libertad, el "gusto" por ejercerla. No podemos prescindir de ella, porque ha sido la que ha movido la historia y la ha dirigido desde el ser personal que somos. La libertad es la "razón de ser" de nuestra historia.

El conferenciante tomó como punto de partida la idea de que "la vida humana es radicalmente insegura", recogida del artículo de Julián María titulado "La confianza", para tratar de encontrar un sentido a la búsqueda de seguridad por parte del hombre. No pudo evitar el manifestar que parece contradictorio, parece que no va con el ser humano, que es esencialmente libre, el tener este afán de seguridad. No sabemos qué va a ser de nuestra vida que, por ser libre, padece inseguridad. Por tanto, ¿hasta qué punto la inseguridad se nos puede presentar como un disvalor, cuando ocurre que debemos aceptarla al poner en ejercicio nuestra libertad, que es una necesidad vital y un valor tan preciado por nosotros? Inseguridad, en este sentido, no significa decadencia, sino plenitud. Implica el hecho de correr determinados "riesgos" a la hora de tomar nuestras decisiones.

Pero, si el hombre ansia seguridad, es porque se encuentra ante una inseguridad entendida en otro sentido. Nos quería llevar el conferenciante por otro camino. Enseguida comprendimos que se trataba, como dijo, de que el hombre solicita una seguridad que se refiere a los "presupuestos" mismos de la libertad. Esta es la "*seguridad jurídica*", fundamento indispensable de la libertad. En ella se basa nuestra Constitución, y resulta del todo imposible concebirla si no es dentro del ámbito de la correlación entre derechos y deberes a la que se somete toda conducta. Es imposible que se desarrolle la libertad si no se sostiene en este tipo de seguridad. Y aquí nos encontramos con un verdadero drama. Porque el equilibrio entre ambas resulta ser, en la mayoría de los casos, bastante "inestable".

Puso un ejemplo, que nos resultaba muy cercano, para que entendiéramos lo que quería decirnos. Se trata de la reciente declaración de inconstitucionalidad en lo que se refiere a uno de los preceptos de la ley de seguridad ciudadana. El caso era conocido por todos. A unos, la decisión les ha parecido bastante acertada, a otros, en cambio, no, porque valoran más la seguridad que la libertad que se pierde. Estos últimos, piensa Sainz de Robles, parece que no se han dado cuenta de que "la libertad, si se pierde, se pierde definitivamente". Es una piedra preciosa muy delicada. Así vemos lo difícil que resulta mantener el equilibrio entre la libertad y la seguridad.

Vivimos rodeados de inseguridad, los ejemplos son numerosos. Y no entendemos que ante la ausencia de seguridad jurídica, podamos tener libertad. Entonces nos sucede que "confiamos más en el policía que en el juez".

El problema está en entender el significado de esta clase de seguridad. Para ello, resulta obligatorio analizar qué es lo que nos puede ofrecer el Derecho al respecto y qué es lo que podemos exigirle. Este es el camino más adecuado por el que se podía llevar el discurso. Al Derecho debe exigírsele la gran responsabilidad de responder a las necesidades sociales, de procurar que no se cometan violaciones de la ley, pero no puede exigírsele que tome las riendas de "nuestra libertad personal". La vida de cada cual se enfrenta con una serie de problemas que deben resolverse de manera individual. Esto no significa que no se reclamen desde ella otras instancias de poder que se encuentran por encima. Pero hay riesgos a los que uno se enfrenta

por su propia cuenta y, por ello, no puede dejarlos en manos del Estado. Sería un acto de cobardía y de falta de responsabilidad.

¿Qué es lo que está sucediendo con esto? ¿Qué sentido le estamos dando a la seguridad? Sainz de Robles nos lo resumió de una forma muy clara. Lo que se ha producido ha sido un cambio en el modo de entenderla: "de la seguridad como condición de ejercicio de la libertad, estamos pasando a la seguridad como suplencia de la libertad". Preferimos tener seguridad a tener libertad.

Parece ser que lo que nos estaba manifestando con esto era su disgusto por haberse producido una pérdida del auténtico sentido de la seguridad. Pero aquí no se acaba su desencanto, porque lo más grave de todo parece ser para él otra cosa: que después de haber perdido esa perla tan preciada por nosotros que es la libertad, con la ilusión de que a cambio íbamos a obtener seguridad, todo ha resultado ser un engaño y seguimos rodeados de inseguridad.

Pérdida de libertad

Esta inseguridad en la que nos movemos parece bastante evidente, igual que lo es también nuestra pérdida de libertad. Las leyes aparecen en la sociedad en que vivimos continuamente desprestigiadas por las constantes modificaciones a las que se someten y la forma tan poco estricta con que nos atenemos a ellas. Nos encontramos en una mayoría de casos ante una gran paradoja: la existencia de leyes que son injustas.

A sí nos ocurre que estamos pasando por una etapa histórica en la que no nos sentimos seguros de nada y esto, en parte, se debe a que cada vez existe mayor inestabilidad en las leyes. En otras épocas anteriores, en cambio, se ha creído mucho en ellas porque se las tenía un gran respeto por su consistencia. Ahora podemos citar montones de ejemplos en los que vemos claramente la pérdida de ese prestigio. Sainz de Robles no pudo evitar el citar algún ejemplo y referirse a la cantidad de leyes que son votadas en el Parlamento y que suponen una constante modificación de otras anteriores. Estas modificaciones producen, a la fuerza, un gran desconcierto social, y, peor aún, en lo más íntimo de nuestro ser personal. Pero lo peor no acaba aquí, sino que está, por un lado, en el desacuerdo respecto a su vigencia, por otro, en el abismo existente entre el que legisla y la realidad legislada y en lo que se retrasa la aplicación de la justicia. De esta forma, comprendíamos que el Derecho haya perdido su eficacia. Los asistentes no podíamos por menos de concluir que nos encontramos ante situaciones realmente absurdas e inaceptables humanamente hablando. Resulta contradictorio "no poder contar con la seguridad jurídica".

E sta reflexión, que reconocíamos ser de un gran realismo, por supuesto, nos estaba conduciendo a una situación desoladora: en vista de esto, resulta del todo imposible que nuestra libertad se realice plenamente. Sería

más bien un acto de "heroicidad" en medio de este ambiente de corrupción. La decadencia de nuestro mundo se hacía más patente a medida que avanzaba la conferencia. Comprendíamos ahora fácilmente el que hayamos perdido el respeto por las leyes y que nuestra confianza en la justicia se haya venido al traste y decidamos ponernos en las manos del policía mejor que en las del juez. En cambio, nos advierte nuestro conferenciante, la libertad sólo puede venir del ámbito de la justicia. Acudiendo a Julián Marías, justificó este optimismo desde la referencia al ámbito de lo estimable que se encuentra en lo más íntimo del ser humano. Con la intención de invitar a la "meditación" sobre el tema, explicó el sentido de este optimismo. Y es que nos es manifiesto que hay personas que se comportan con una rectitud admirable, de acuerdo con el valor —esto interpretando a Julián Marías—. Son personas íntegras que comprometen de

lleno su vida haciendo lo que deben; cumplen con su deber y van incluso más allá del mero deber, poniendo su vida entera al servicio de los demás. Aquí no vino mal recordar el caso de la Madre Teresa de Calcuta.

E stas personas son puntos de apoyo que nos ofrecen seguridad. Cumplen con su deber y además, nos demuestran que, con ello, ponen en ejercicio su libertad y su pensamiento, por el hecho simple de cumplirlo o por ir más allá de él. El conferenciante seguía invitando a la meditación. Quería ofrecer fuertes motivaciones para poner en práctica ese don tan preciado que tenemos de la libertad. En esos momentos nos estábamos preguntando con él: ¿cómo cumplo yo, personalmente, con mi deber? ¿ejercer mi libertad? ¿exijo la consecuente responsabilidad a los poderes públicos? ¿cómo me defiendo? ¿defiendo mis derechos y los de los demás? En la medida en que consigamos llevar a cabo todo esto, nos encontraremos en el camino de la prosperidad. Aquí se encuentra lo que sostiene nuestra vida, lo que nos ofrece la segundad que necesita.

Evitar la decadencia

Una "posibilidad" de evitar la decadencia se encontraba en este camino. Por eso, terminó concluyendo Sainz de Robles, que, quizá dentro de unos siglos, la Historia se refiera a nuestra época como una etapa de decadencia. Será señal de

que no hemos podido evitarla, o también de que no hemos querido. Porque tenemos instrumentos suficientes en nuestras manos para hacerlo. Después de todo lo que nos había dicho en su conferencia, reconoció que, como habíamos podido comprobar, se trataba de una "tarea difícil". De ahí que quede en suspense la idea de si somos optimistas o pesimistas al respecto. De todas formas, la invitación

que se nos hacía quedaba clara: "tratar de vivir de la manera más digna y honesta posible". Aquí se encuentra el auténtico sentido de nuestra vida para Sainz de Robles. Sólo así nos moveremos en el ámbito de la seguridad y de la libertad necesarias para nuestro desarrollo como personas y, en definitiva, estaremos contribuyendo en la mayor medida de lo posible a evitar la decadencia. **M.L.D.**

Juan Velarde: Prosperidad o depresión

Juan Velarde trató de justificar este dilema tan tremendo del que nuestra economía se ha visto envuelta a lo largo de toda la historia. A ello se dedicó en primer lugar. Históricamente hemos oscilado entre una y otra porque cada vez que se ha caído en una depresión se han tratado de buscar una serie de soluciones para salir de ella. Tomó como punto de partida para su estudio histórico el siglo XVIII y, a partir de ahí, fue pasando por los cambios más importantes del siglo XIX hasta llegar al mundo actual.

Después nos introdujo en la reflexión sobre nuestra época, el momento que nos está tocando vivir. ¿Estamos ante una prosperidad o ante una depresión? A los allí presentes nos pareció que se veía claramente,

a lo largo de sus palabras, que existían pocos síntomas, o casi ninguno, de prosperidad. Pero, al final, se nos abrieron una serie de puertas, puntos de apoyo, para pensar que su tesis no era tan pesimista como suponíamos. Antes bien, al final nos

pareció lo contrario. Su tesis, respecto al momento que vivimos en nuestro país y lo que será el futuro de éste, consistía en afirmar que, aunque mucha prosperidad no cabe esperar, "se puede salir de la depresión" en que estamos. Aunque "es difícil", es también "posible". Fue demostrándonos esto a lo largo de su reflexión. Se trataba de centrarnos en el caso español. ¿Cómo resolver los problemas que existen en estos momentos en la economía española?

Acudiendo a otras épocas, veíamos claramente que la cuestión había tenido sentido en unos casos, pero no en otros. En el caso concreto que nuestro conferenciante comenzó por citar, el de la Revolución Industrial, no podía hablarse de depresión, sino más bien de lo contrario. El desarrollo político, cultural e imperial hizo que nos colocáramos en un puesto importante respecto a otras naciones europeas. Sin embargo, el índice de renta por habitante era inferior al de los demás países. Ahora bien, a lo largo del siglo XIX, el crecimiento de éstos fue aumentando cada vez más por encima del nuestro. Esto hizo que las diferencias fueran cada vez más abismales. Con ello, nos aproximábamos a la depresión y nos alejábamos de la prosperidad. Aquí ya comenzaba a tener sentido el hecho de plantearnos el problema "básico" de cómo salir de la depresión.

Las salidas que se vieron en aquellos momentos de depresión, fueron "caminos errados", dijo Velarde. Apoyarse en la agricultura como camino para salir de la depresión fue un

camino errado porque ésta "no podía ser el nervio fundamental que sirviese para una nación occidental importante". Tampoco estaba la salida en el sector servicios, como se vio y como hoy día siguen pensando muchos. "Abandonar la producción de bienes" y "convertirnos en una nación de servicios" lo ve nuestro economista un absoluto "disparate" porque se necesita siempre la base de los "bienes reales".

Desarrollo hacia dentro

Respecto a la otra vía de salida que se pensó, la industrialización, también quedaba claro que no nos conducía a la prosperidad. La equivocación estuvo aquí en el camino que se escogió para llegar a ella: el desarrollo "hacia dentro". Esta idea fue la base del "nacionalismo económico español" de 1922.

Para conseguir llevar a la práctica esa idea, el sistema económico tuvo que cumplir toda una serie de condiciones. Por un lado, tenían que desaparecer los capitales extranjeros. Por otro, la adquisición de productos del exterior debía ser prohibida. Se trataba de basar la economía únicamente en productos españoles. Además los aranceles podían proteger la producción interior.

A todo ello contribuyó el intervencionismo y el corporativismo. La intervención continuada del Estado y la colaboración de unas empresas con otras, podía evitar la competitividad y hacer más hermético nuestro mercado. En esto se fundamen-



Juan Velarde.

ta también nuestra economía de hoy. Finalmente, la aparición de las estratificaciones conduciría a una actividad cada vez mayor ya que el Estado aparecía con empresas propias y, por tanto, generador de industria.

En la base de todo esto se encontraba el sistema bancario, impulsado desde 1900 por el Banco de España. Servía para mantener una unidad. Desde aquí se fomentaba la industria y la actividad de las empresas privadas y públicas que se iban originando a partir de aquí. Únicamente así podía conseguirse una alta rentabilidad y una liquidez suficiente para el sistema.

Hacia 1950, todas estas bases se ponían en práctica. Con ello, nos encontrábamos en el camino del progreso en la producción industrial y podía verse "un desarrollo económico importante". En 1951 aumentó la producción respecto a 1935.

Ahora bien —añadió— ocurrió que iniciamos una carrera de acele-

ración que nos llevó empicados al "estancamiento productivo" de 1959. Se produjo una gran inflación y a esto se añadió la escasez de reservas extranjeras. Este "modelo industrializador" se nos venía abajo. Por eso se trató de buscar otro. El nuevo camino consistía en una "industrialización abierta" porque "el mercado español era muy pequeño". ¿En qué consistía? Se trataba de abrirnos al exterior, agruparnos con otros países e intercambiar productos con ellos. Esto ayudaría a que los bienes aumentaran y con ello la productividad industrial también. De aquí se seguía una mayor movilidad económica, porque los precios dejan de ser altos y la competencia se eleva. "Por eso —decía Juan Velarde— la única posibilidad de cualquier país de salir adelante, es trabajar para un mercado muy amplio".

El modelo podíamos encontrarlo en Estados Unidos y en algunas naciones europeas. Se trataba de concebir un modelo integracionista, una especie de "mercado mundial", eliminando cualquier frontera y abriéndonos cada vez más al exterior. Tomando nota de este modelo, en España nos encontramos con que en 1964, se había doblado la renta nacional de 1951. Durante los años sucesivos aumentó a una velocidad cada vez mayor. La economía crecía a medida que nos abríamos más al exterior. Se supone que el hecho de ingresar dentro del "ámbito comunitario" es la consecuencia última de este estado de apertura de nuestra economía. Así sucede que en 1992 se produce un acercamiento a esos países que en 1980 se

encontraban tal alejados de nosotros en cuanto a la renta por habitante.

Las exportaciones de productos industriales y químicos van aumentando cada vez más y las de productos agrícolas y materias primas van desapareciendo. Esto ocurre a un nivel de "comercio interindustrial", que constituye un 50% de la exportación, el resto se basa en el "comercio intraindustrial", gracias al cual las empresas comparten e intercambian su actividad y sus productos. La necesidad de este modelo se produce a partir del momento en que vemos que las barreras internacionales se van abandonando y la unión económica y monetaria es mayor.

Para adaptarse a las condiciones comunitarias, la economía de nuestro país va exigiendo más competitividad y adecuación. Así ocurre que nos encontramos con que debemos superar una serie de barreras para que se produzca esta adecuación. Mientras no cumplamos con las condiciones que impone la Unión Europea, seremos uno de esos países "tolerados", aunque estemos integrados en ella. Las condiciones básicas se nos dieron a conocer en Maastrich. Pero, como muy bien señaló Velarde, nos encontramos con que en nuestra economía no se cumple ninguna de ellas. El déficit público no debía haber superado el 3% del P.I.B. y se encuentra en el 6%. El nivel de inflación al que hemos llegado se encuentra por encima de la media de los países que menos tienen, nos encontramos ante una "tensión inflacionista". La

proporción entre la deuda pública y el P.I.B. ha superado en nuestro país el 60%, cosa que no debía ocurrir según Maastrich. Ha aumentado tanto la deuda pública, que ya comenzamos a hablar de deuda "explosiva". Esto sucede —nos comenta nuestro conferenciante— cuando no podemos financiarla de otro modo que con más deuda. Además, las predicciones de los economistas para los próximos años señalan una elevación aún mayor. Por otro lado, las continuas devaluaciones a las que nuestra moneda se ve sometida —y esto en menos de un año— también nos mantienen alejados de otra de las condiciones importantes de Maastrich: exige que no se produzca ninguna devaluación al menos en dos años. Pero lo peor en nuestro caso es, a juicio del conferenciante, que nos encontramos ante una "devaluación rectante".

Nuestro país tampoco cumple la última condición que se refiere a los tipos de interés. Estos no deben superar más de dos puntos a los de los países que tie-

nen menos crecimiento. En cambio, ocurre que sobrepasamos en varios puntos lo permitido. Además, la crisis en que nos encontramos metidos en este momento, hace que nos separemos tremendamente de todas las condiciones señaladas. El acercamiento a la Unidad Económica y Monetaria, experimentado en nuestro país hasta 1991, se ha convertido en un alejamiento y así hemos pasado de la prosperidad a la depresión.

Baja la actividad

Pero, ¿cómo constatar el nivel de crisis y depresión en que nos encontramos? Para ello, los economistas se basan en una serie de datos evidentes. Por ejemplo, un buen indicador se halla en las expectativas de los empresarios. Al ser bastante pesimistas y no mostrarse abiertos a una inversión, la consecuencia inmediata es una bajada de la actividad económica. Por otro lado, el hecho de que la demanda y la inversión también decaigan, nos parece ya alarmante. También está constatándose, de forma cada vez más evidente, la caída del P.I.B. Y resulta aún más alarmante la tasa de población parada que va en aumento por encima de la población activa, según los resultados de los últimos meses. Pero lo que parece preocupar más a nuestro conferenciante es la cantidad de jóvenes que se encuentran en paro. Estos sí que son problemas graves de difícil solución. Para encontrarnos en vías de solución, Juan Velarde anota un camino posible: se trata de

ser más competitivos. Para ello el tema clave está en los tipos de interés. En torno a ellos se mueve toda la actividad empresarial y el posible desarrollo de nuestra industria. Si bajan, la impulsan. Pero nuestra economía se ve envuelta en unos altos tipos de interés. Estos apuntan a un único culpable: el gasto público. Es el que hace que se eleven los precios por encima de lo normal.

A sí es como hemos ido a parar al "paraíso del rentista", a la inactividad y paralización de nuestra economía. Ha sido una consecuencia inevitable del tremendo "desbarajuste en el sector público" de nuestro país. El gasto público se ha visto incrementado porque hemos tenido que pagar los intereses de la deuda pública y las obligaciones del Estado con las autonomías y Ayuntamientos y además con la Comunidad Europea. Por otro lado, las prestaciones sociales (atenciones sanitarias, pagar a los parados, etc.) explican el resto del incremento del gasto. Parece que otra de las soluciones a esta situación que hemos creado estaría en disminuir la tasa de parados. Pero, en nuestro país (a diferencia de otros como Alemania, en donde un aumento de los salarios se corresponde con una tasa más reducida de parados) tenemos una subida de salarios y, en cambio, el paro va en aumento. Esto se explica por el hecho de que los tipos de interés no bajen como se esperaba y por la "pérdida de la competitividad". Esta situación se ha visto tam-

bién favorecida ante el decaimiento de las apuestas industriales. No tenemos capacidad de competir con otros países porque estamos apostando a los sectores de demanda más débil. "Estamos apostando mal" —advierte Juan Velarde—. Y, para colmo, a esto se añade el hecho de que nuestra energía es cada vez más cara, con lo cual estamos contribuyendo a un gran "parón nuclear".

Por eso, de todo lo dicho, referente a la época que nos toca vivir, no queda más remedio que deducir el alejamiento de la prosperidad y augurar un difícil regreso a ella. De todas formas, y para terminar, el conferenciante no quiso dejarnos ante un profundo pesimismo. Por eso, trató de apoyar su tesis sobre la posible salida de la depresión actual

que vivimos en España, en el hecho de que otros países, con problemas mucho más graves que los nuestros, lo han conseguido.

¿Cómo salir de ella? "poniendo orden", es una cuestión de "voluntad", se requieren muchos "sacrificios". No debemos ser tan pesimistas, porque si tenemos en cuenta cómo estaba nuestro país hace un siglo, "hemos conseguido un progreso considerable". Por tanto, los españoles somos capaces de conseguir muchas cosas. Si los economistas son considerados como "cuervos negros" o "profetas de lo tétrico" es porque tienen una visión más "simplista" de este tipo de fenómenos y tienen en cuenta que los bienes no son ilimitados. El optimismo se funda en la capacidad humana para salir adelante gracias a un esfuerzo sin límite. L.D.D.

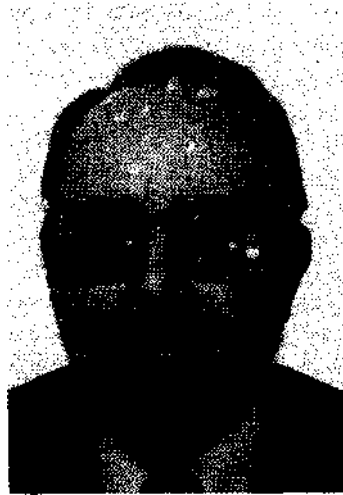
Helio Carpintero: Perspectivas sobre la Universidad española actual

Bajo este título comenzó la conferencia del profesor Helio Carpintero dentro del ciclo "La decadencia evitable". Periódicamente —dijo en un principio— surge en nuestras sociedades occidentales la necesidad de examinar el sentido y forma de la

Universidad. En los tiempos recientes se han emprendido en ella procesos de reforma que suelen venir acompañados de manifestaciones en las calles, agitación en centros docentes y declaraciones de toda índole. En España, en concreto, nos hallamos en una fase de

transformación del horizonte de titulaciones y de planes de estudio. Todo ello mueve una y otra vez a reflexionar sobre la realidad de la universidad.

Además, muchas de las voces que se oyen son inquietantes, porque advierten y previenen sobre la complejidad del asunto. El conferenciante recordó que hace años Julián Marías ya sugirió la conveniencia de ver la necesidad de nuestro tiempo como "una utopía", con su pretensión de enseñar todo el globus intellectualis en todas partes del globo terráqueo. Por su parte, un grupo de distinguidos profesores franceses publicó hace unos años un conjunto de reflexiones bajo el título significativo de Para que la Universidad no muera...; su primer ensayo se abre con estas palabras: "La Universidad no existe. Es un mito mantenido por los poderes públicos con fines administrativos o por los políticos deseosos de propaganda". Todavía más recientes son las consideraciones del profesor Simone sobre la universidad italiana, "questa curiosa 'macchina sterile'". Para muchos la universidad es algo que resulta ajeno y lejano: son cuantos no acceden a ella. Para otros muchos, es sólo una etapa, corta aunque con frecuencia intensa, de sus vidas: son sus usuarios. Y sólo para una minoría es el marco de la propia realización personal, el objeto de sus aspiraciones y decisiones: son sus funcionarios, su equipo de trabajo, su profesorado. Son perspectivas muy diferen-



Helio Carpintero.

tes, pero que vienen referidas a una realidad social institucional común. Más que de los profesores, más que de los alumnos, la universidad es siempre de la sociedad, que la establece, la usa, la estima, o la abandona a su suerte.

Esto obliga a repasar la cuestión inesquivable de la misión de la universidad. Son de cita obligada aquí —dijo el profesor Carpintero— unas palabras de Ortega en su Misión de la Universidad escritas en 1930. Decía allí que "la enseñanza universitaria nos

aparece integrada por estas tres funciones: I, Transmisión de la cultura. II, Enseñanza de las profesiones. III; Investigación científica y educación de nuevos hombres de ciencia". Aspiraba Ortega a hacer de una posible Facultad de cultura el centro de la universidad, que pusiera al hombre a la altura de su tiempo; establecía la diferencia entre universidad y laboratorio, y exigía una atmósfera de ciencia rigurosa para que estuviera la universidad inserta, como un "poder espiritual" en el mundo de rigurosa actualidad.

Análogas funciones, por cierto, encontramos reseñadas en la Ley de Reforma Universitaria española (LRU) de 1983, hoy vigente:

"a) La creación, desarrollo, transmisión y crítica de la ciencia, de la técnica y de la cultura.
b) La preparación para el ejercicio de actividades profesionales que exijan la aplicación de conocimientos y métodos científicos o para la creación artística.

c) El apoyo científico y técnico al desarrollo cultural, social y económico, tanto nacional como de las Comunidades Autónomas".

Añadiré dos funciones —dijo— que los sociólogos se han ocupado de destacar: la universidad entendida como una vía de acceso de los individuos a los niveles superiores de la sociedad o como un sistema que deja fuera de las estadísticas de paro a los jóvenes de entre 18 y 25 años. Son visiones parciales, pero no deben ser olvidadas.

Todas estas funciones dan como resultado una institución

compleja y polivalente, situada entre la cultura y el poder, entre la tradición y la innovación, entre la acción y la contemplación, que está en una efectiva encrucijada de misiones. Esta complejidad misma de su esencia hace de ella una realidad en crisis.

A cargo del presupuesto

El profesor Carpintero señaló que ciertos factores de la coyuntura vivida por nuestras sociedades en estas décadas han agudizado la conciencia de los problemas universitarios. El curso académico 1993-94 comenzó en España envuelto en manifestaciones por reivindicaciones económicas. Recordemos que las universidades son instituciones casi todas a cargo del presupuesto nacional. El estado invierte en ellas una parte de sus fondos (más de 143.000 millones el pasado año) y subvenciona casi todo el costo de las plazas de estudiantes (400 ó 500.000 pts. por año). Es, pues, una inversión que la sociedad hace para conseguir un capital intelectual en sus miembros.

Al mismo tiempo, este curso se han comenzado en nuestro país a impartir planes nuevos, y nuevas titulaciones. Reiteradamente se ha exigido acortar las distancias entre la sociedad actual y los currícula a impartir. El horizonte en que nos movemos es de gran agitación y cambio. Lo es el más general de la Comunidad Europea, que se encamina a la libre movilidad de personas y de profesionales, y lo es también el español que

es aquel a que me voy a ceñir básicamente en lo que sigue. Los teóricos de la Universidad hablan de la existencia de distintos modelos de institución, por estructura y funcionamiento. El español —dijo— vendría a encuadrarse dentro del tipo de universidad "determinado por la demanda" (demand-led), cuyos principales rasgos, según G. Neave, serían éstos:

- fácil acceso a la universidad para todo bachiller que lo de see;
- débil control público sobre el acceso;
- tasas académicas muy inferiores al coste de la enseñanza;
- baja inversión por estudiante;
- numerosos estudiantes y profesores a tiempo parcial, y gran número de profesores que no son profesionales de la enseñanza.

Semejante modelo significa las antípodas del elitismo. Se trata de satisfacer una demanda social poco exigente en calidades pero imperiosa respecto a la cantidad. En el preámbulo de la LRU, se

dice que hay un "número creciente de estudiantes que exigen un lugar en las aulas", una frase que "espacializa", como diría Bergson, una dimensión o aspecto del espíritu.

La reforma universitaria reciente, regulada por la LRU de 1983, nos permite concretar este modelo. La nueva ordenación ha planteado la cuestión de la autonomía universitaria. Esto se ha traducido en una autonomía de gobierno según estatutos elaborados por cada universidad, una capacidad para estructurar planes de estudios de títulos con alcance nacional y otros títulos propios, una limitadísima autonomía financiera, y una amplia capacidad de acción a la hora de incorporar profesorado a sus claustros. En general, el tema de la autonomía ha traído de la mano el problema más amplio del poder dentro de la institución. Se han democratizado, o popularizado, las estructuras de poder y la comunidad académica ha pasado a vivir en situación de periódica agitación electoral. Es una estructura que elige desde abajo sus dirigentes, y que desde el primer momento se ha visto envuelta en la dinámica de las tensiones entre las exigencias electoralistas y las necesidades reales de la institución.

En última instancia, la universidad es una institución que ha quedado en las manos de los que en ella trabajan; los profesores, los trabajadores y los estudiantes. Se ha convertido en una empresa amplia y potente (la Universidad Complutense de

Madrid tiene un presupuesto para 1993 de unos 40.000 millones de pesetas y no es, en proporción a sus dimensiones, la que lo tiene más alto). Además, es un cuerpo académico que tiene resonancia social, ya que a través suyo pasan generaciones de jóvenes de todas las clases sociales. Por ello, el control de la institución se ha convertido en una meta para grupos políticos y también para grupos de presión académica interna. Este es un primer hecho de relieve: las universidades han pasado a ser empresas con valor económico y social que pueden ser objeto de conquista para los diferentes grupos sociales.

¿Qué otros cambios ha introducido la reforma en sus protagonistas? Procuremos verlo sintéticamente.

Carpintero ilustró con datos la crecida de nuestra universidad. La universidad en España ha crecido muy deprisa en estos años últimos. Al comenzar los años 40 había 12 universidades, en la actualidad hay 41 y mientras que en 1960 había 600.000 estudiantes, los datos de 1993 hablan de 1.346.000. Análogamente, el profesorado ha tenido que crecer: ha habido "un incremento global del 60% en el período de 1975 y 1983 (de aproximadamente 25.000 a 40.000 profesores)". A este respecto el International Council for Educational Development señala: "debe considerarse quizá como un milagro, o al menos como un notable logro, que la Universidad española haya sido capaz de ocupar tantos puestos de enseñanza en tan

poco tiempo". Sin embargo, se nos plantea la duda de que la vocación y capacitación de tantas personas, seleccionadas en un cortísimo período temporal, sea adecuada en todos los casos. El profesorado de la universidad española tiene una historia reciente que en algún grado condiciona su presente. Recordemos tres hechos que han cambiado el horizonte del profesor universitario. Primero, se adelantó la edad de jubilación a los sesenta y cinco años, colocando fuera de los claustros a un gran número de profesores de la máxima competencia y en plenitud de sus facultades. Hoy todos reconocemos la urgencia de volver a la regla de la jubilación a los 70 años. En este punto se ha actuado suspendiendo la ejecutividad de los trámites de jubilación en el presente año, a la espera de una reforma legal de la normativa.

Segundo: Cada universidad es poseedora de su propio conjunto de profesores, restringiéndose la posibilidad de traslado de una universidad a otra. Es preceptivo el concurso, que resulta muchas veces disuasorio para

quienes no pertenecen al "entorno propio", y han de llegar desde fuera sometidos las más de las veces a los rigores de una oposición con clima adverso.

Y, tercero, las universidades que en los años 60 y 70 hubieron de afrontar la sobrecarga estudiantil mediante la creación del estamento de profesores no numerarios, los PNNs, pieza clave en la agitación universitaria del fin del franquismo, han querido luego incorporar a esos PNNs en varios modos, empezando por el proceso de "idoneidad", que llenó los claustros de personas jóvenes, de edades similares, que harán posible la aparición de plazas allá para el año 2010 ó 2020, y que van a marcar una pauta de estabilidad en todos los sentidos. Como apunta un informe reciente, nos amenaza en un futuro "falta de renovación y aportación de nuevas ideas y energía, así como la falta de deseos de innovación". Hay, pues, un grave problema—resumió el conferenciante—en torno al origen del profesorado. Y yo diría que hay otro, igualmente grave, en torno a su fin: los profesores universitarios viven escindidos entre dos fines bien conocidos: enseñar o investigar.

Labor de investigación

Para enseñar somos contratados. Las plazas que se justifican en los planes universitarios llevan como fundamento una determinada carga docente. Pero se demanda, y sobre todo se valora, la labor de investigación, medida a través de con-

tratos con empresas, proyectos financiados, trabajos publicados o congresos asistidos. Se han acordado, recientemente, incentivos económicos al sueldo de los profesores: una parte viene por docencia, tiene como base los juicios de los propios alumnos, y termina por ser concedida a todos los docentes; otra, fundada en la investigación, es obtenida si media el juicio positivo de una Agencia de evaluación de la investigación de la comisión interministerial de la ciencia y la tecnología (CICYT), y esto sí tiene consecuencias para los individuos. Un amplio sector del mundo académico está motivado para investigar, y busca el modo de obtener los medios adecuados.

Sobre el alumnado, el profesor Carpintero dijo lo siguiente: Primero, el estudiantado ha aumentado enormemente. Se ha ampliado el espectro por el lado social, y ha avanzado la posición de la mujer universitaria. En un estudio sociológico de 1981, un 24,6% de estudiantes eran hijos de obreros, un 64,6% de clase media, y un 10,8% de clase alta, mientras que el informe FOESSA de 1975 daba sólo un 13,5% para la clase baja. Igualmente ha avanzado la mujer, especialmente en carreras técnicas e ingenierías.

Tal aumento tiene toda una serie de connotaciones beneficiosas. Pero no se puede junto a ello olvidar que muchos universitarios están estudiando lo que no han elegido en primer lugar (un 23%, según una encuesta de "Gaceta Universitaria" de

1993, o un 40% según el rector de la UCM en una comparecencia reciente ante la Asamblea de Madrid). Además, valoran la enseñanza teórica como buena un 54% y sólo un 9% opina que la formación práctica es adecuada. Esto sucede en una universidad que ha perdido su antigua condición de vía efectiva de ascenso social. (Más de 130.000 parados tienen un título universitario). El estudiante hoy cree que la experiencia profesional es el primer requisito para encontrar empleo (77%), seguido del buen expediente académico (44%), y de las buenas relaciones (43%).

Al mismo tiempo nos encontramos con que el desempleo juvenil se ha convertido en un tremendo azote social: aunque el paro en universitarios (13%) es menor que en la población general (21%), encontramos que el 40% de los parados españoles tiene hoy edades comprendidas entre los 16 y los 24 años.

Nada de esto significa que nuestro estudiantado se haya vuelto prag-

mático. Hace quince años, el 42% de los universitarios decían estudiar lo que les gustaba frente a sólo un 2% que buscaba el beneficio económico. Más recientemente, para el 74% de los varones y aún más para las muchachas (89%), parece preferible 'un trabajo interesante' a "un sueldo interesante". Tal elección es, en principio excelente, pero hay que relacionarla con el hecho de que sólo la mitad (53%) piensa ponerse a trabajar al acabar sus estudios. En las condiciones actuales, esto sólo puede interpretarse como una falta de última disposición a asumir el rol de adulto y una inclinación a prolongar una juventud protegida, sin que la independencia económica sea un motivo con validez mayoritaria.

Si buscamos —dijo a continuación el conferenciante— algunos rasgos que sirvan para caracterizar nuestra situación, tendremos que venir sin duda a parar ante alguno de los siguientes. Primero, nos hallamos ante una universidad en expansión, que ha crecido en todas las dimensiones; segundo, estamos ante una universidad profundamente escindida entre las tareas de investigar y enseñar; tercero, hay una tensión entre cultura y profesión, o entre generalidad y especialización, y cuarto, en fin, nos hallamos situados ante una tensión que llamaré de nacionalismo versus internacionalismo.

Comencemos con el tema de la expansión. Ya hemos hecho referencia a los notabilísimos incrementos de alumnos y profesores que se han producido en los años recientes. Es muy sabido que los cambios de mag-

nitud en una institución, aunque comiencen siendo cuantitativos, terminan por afectar esencialmente a la cualidad. Tal es, sin duda, nuestro caso. Las previsiones demográficas dicen que pronto tiene que descender la masa juvenil universitaria, desde mediados de los años 80 debería haberse empezado a notar ese descenso. Hoy, sea por lo que sea, no ha sido así. Mientras el International Council for Higher Education recomendaba la cifra de entre 10 y 20.000 alumnos por universidad, sólo 6 se movían en ese nivel. Sin embargo, se continúa esperando que las previsiones se cumplan y se ha confiado en que el tiempo termine por solucionar el problema.

Hablemos de la segunda tensión: la que afecta al profesorado escindido entre investigación y enseñanza. Hay que reconocer, con Ortega, que la universidad ha de considerar prioritaria la docencia, si bien establecida ésta dentro de un clima de investigación. Pero hay que decir, con las excepciones que sea necesario hacer, que la enseñanza hoy no está prestigiada.

No hay ningún tipo de presión, desde la academia, en relación con los rendimientos logrados por los estudiantes con los diferentes profesores. Los altos niveles de suspenso, en algunos centros o departamentos, parecen convertirse en indicador de prestigio.

La formación del profesorado en cuestiones de pedagogía es limitadísima y los medios didácticos actuales tienen una reducida

aplicación. En suma, la preocupación por esa docencia no parece venir traducida por índices objetivos que la puedan corroborar.

La tensión entre profesión y formación, entre especialización y cultura es una doble exigencia que habría debido tener su reflejo en la estructura de los planes de estudio. El resultado es que, mientras toda una serie de voces recuerdan que la velocidad de cambio social y tecnológico recomienda formaciones de amplia base y polivalencia en las especializaciones, la academia ha optado por una multiplicación de los títulos y de la especialización.

La fragmentación ha llegado a los campos de investigación y ha dispersado en núcleos fuertemente diferenciados a los que antes eran colegas próximos. El poder del control de la selección del profesorado ha aislado las áreas de conocimiento, limitando la interdisciplinaridad hoy requerida en tantas cuestiones. La cuarta polaridad que he mencionado es la que media entre nacionalismo y internacionalidad; las universidades

fueron desde sus orígenes lugares de convivencia entre gentes extrañas de los más varios países, atraídos por el prestigio de unos maestros y de un haber que estaba por encima de fronteras.

El horizonte en que hoy nos movemos, la unidad europea, ha vuelto a plantear esta exigencia. En un reciente "Memorandum sobre la Enseñanza Superior en la Comunidad Europea" se puede leer esto: "El funcionamiento del mercado interior requerirá un significativo número de personas que posean esta 'dimensión europea' suplementaria, además de sus calificaciones profesionales normales". Es la hora del europeísmo, remató. ¿Qué hay que evitar, y qué podemos evitar?, se preguntó finalmente el conferenciante. Y añadió: Nuestra vida universitaria, lo hemos venido viendo, tiene problemas graves. Exagerando las cosas un poco, nos hallamos en una universidad que ejercita una docencia que interesa poco a los profesores, y que igualmente interesa poco a los alumnos. La preocupación por la magia del "título", el afán por aprobar, en los segundos, y la urgencia por publicar y hacer currícula largos, en los primeros, han vaciado hasta cierto punto de contenido el valor de una enseñanza que, en muchas ocasiones, emplea como recursos didácticos la simple tiza y el pizarrón.

Planes y títulos

Tampoco tenemos una idea clara de esta cultura de nuestro

tiempo que habríamos de promover y difundir. La especialización de los planes, la super-concreción de los títulos que la reforma de estudios ha traído, marcha en dirección opuesta a una extensa formación cultural.

Y junto a esto, domina en nuestras instituciones una política de taifas, que hace de los departamentos, minúsculos universos cerrados sobre sí, atareados en sobrevivir en las luchas por el poder académico y por los limitados recursos financieros.

La universidad de hoy tiene mejores equipos, más recursos, personas mucho más preparadas y especializadas y un sinnúmero de posibilidades de cara al cumplimiento de sus tareas. Pero en ella son indispensables, para producir un avance a nuevos niveles de logro, algunas cosas: autoexigencia del profesor, entregado a una vocación de encontrar la verdad y transmitir a otros la pasión por su búsque-

da y su comunicación; restablecimiento de los criterios de calidad, de rechazo a las variadas formas de politización o partidismo del quehacer académico, y recuperación de una moral intelectual; coordinación de la Universidad con las instituciones dedicadas a la investigación, con el mundo social y profesional y, sobre todo, de cada universidad con las demás y de todas con las redes de instituciones europeas; autoexigencia del estudiante, enriquecido con mecanismos de información profesional, de orientación vocacional, de tutoría durante su estancia en los centros, y orientado más hacia el saber hacer que hacia un puro ejercicio memorístico; redistribución social del alumnado: constricción en las carreras y títulos sin demanda social (por ejemplo, mediante una subida diferencial de sus tasas), fortalecimiento del prestigio social de las enseñanzas profesionales de nivel elemental o medio, combinación de los sistemas de enseñanza a distancia y presen-

cial, para incrementar las capacidades de formación en aquellos campos de carácter prioritario, incluso becando a todos los que los realicen, y, en cualquier caso, hay que recuperar la condición personal de la enseñanza, la dimensión personal que alumno y profesor han de tener en su relación educativa, y que convierte el proceso docente en una colaboración activa de ambos, y evita la entrega mecánica de información que desde hace mucho tiempo pueden realizar las máquinas de enseñar. La universidad habrá conjurado sus mayores peligros el día que maestros y discípulos vengan a ella para ocuparse sólo de buscar junto el saber, y el estado y la sociedad le presten los recursos y luego les pidan cuentas de sus logros y resultados. Habrá que estudiar, más a fondo, las exigencias que nuestra sociedad y nuestro tiempo impone a estas instituciones seculares. Pero ello es un reto más que demanda ser abordado con auténtico espíritu universitario.